









Viaje de 1875.

Sábado 11 de agosto.

A las cinco en punto
de la mañana salimos
del puerto de Barcelona
en el vapor de hélice (de
Bilbao) Tharsa n.º 2.

Buen tiempo, pero con
mar de fondo. De suerte
que Joneta de Aurricó
en su letra ya antes de

Zarpar, y yo, poco despues
de la salida del sol, tuve
tambien que bajarme
corriendo al camarote,
donde inmediatamente
tuve un vomito no
abundante. Me eché
en mi litera, y pasé en
ella el resto del viaje,
á veces tembando y
durmiendo, á veces
incorporado, y contem-
plando el mar y el
paisaje de la costas

por la ventanilla. A las
nueve y media pasábanos
por delante de San Felis
de Guisols. Mas allá
del Faro de San Sebastian
y barranto antes del gol-
fo de Rosas, se levantó
un fuerte viento de
proa y una marejada
bien regular. Pasado el
golfo, pareció amainar
algun tanto, pero luego
volvió a arreciar a la
altura del Cabo de Creus

A las dos y media de
la tarde se echó el an-
cla en Port-Vendres.

Foreta no probó bocado
ni bebió una gota de
agua; yo a lo último
del viaje comí un po-
quito de sopa de in-
sustancial caldo, y
un par de pescaditos
fritos no nada frescos,
y bebí un vaso de agua.
Resultado del viaje
marítimo; mareo

regular, reportable,
pero suficiente para
no hacer grata la na-
vegacion, e impedir
el gozar del sublime
espectáculo de la mar,
y del lindisimo pa-
norama de la costa
de levante. A las Cuatro
y media montamos
en un coche de 1.^o del
ferrocarril, y a las diez
poco mas o menos
llegamos a Perpiñan

donde nos alojamos
en el Hôtel de l'Eu-
rope, comimos con
muy buen apetito;
salimos luego a to-
mar café, ^{pateamos por los Platanes} nos acostamos
y dormimos
como quien necesita
descansar de tanto
trajin.

Domingo 15 de Agosto.

Repuesto de aquel, me
levanté a las ocho, fui
a misa a la parroquia

de San Juan, y oí la de
la tropa con músicos
y sermoncito que les
lecho el padre Curas
sobre la festividad de
la Asunción de la
virgen. Despues del al-
muerzo, fui a' ver otra
con Toneta, en la que
nos repartieron como
a' los demas asistentes
un pedacito de torta
a' modo de pan ben-
dito. Por la tarde fui-

nos á ver la procesion,
que salio' de la mis-
ma iglesia, donde abia
la marcha el carica-
teresco Luire, un tam-
bor reclinante y dos
ganfalcones. Yban mu-
jeres en gran número,
mujeres, pocos hombres,
la clerecía con el obis-
po, y llevaban en an-
das á la Virgen. De vuel-
ta á la iglesia, el bis-
po dio' la bendiccion al

pueblo con el santísimo
mo. Distan mucho
las ceremonias de aquí
de tener la seriedad,
sot envidia y pompa
de las de nuestra patria.

Lunes 16 de Agosto.

A las cinco y media ^{de la mañana} sali-
mos de Perpignan en el tren
expreso, y empalmando con
otro en Narbona, con otro en
Cette y con un tercero en Faras-
con, llegamos á Lyon á las
seis y media de la tarde. El calor
que en la ruta paramos, excede
á toda ponderacion, así como
el polvo sutil, ó no sutil,
de la bulla, que está continua-
mente revoloteando por el co-
che, y nos dejó en extremo
sucias las ropas, y tiznados
rostros y manos. El viaje,
pues, es largo y pesado, no
obstante la velocidad con
que se ejecuta. En Lyon nos

Alojamos en el Hôtel Collet, de primer orden, situado en la bella y grandiosa calle de Lyon, llamada tambien rue Impériale. Diéronnos el cuarto n.º 72, en el piso 3.º que tiene dos ventanas-balcones que caen a dicha calle. Continuamos, salimos a tomar café y pasear un poco por las calles y puentes del Rodano y Saona, y luego nos acostamos algun tanto fatigados.

Martes, 17 de agosto.

Sali de mañana a dar un corto paseo, entré en la iglesia del Hôtel-Dieu, y luego volví a buscar a Roneta, con quien fuimos a ver el Mercado, donde vimos las tablas de comestibles; una mesa limpiísima, donde vendian carne de caballo, de espantoso aspecto; los viveros de peces del río, y otras varias cosas propias del lugar. Asistimos luego a un oficio sencillo que se cantó en la Catedral;

cuyas ceremonias difieren al-
gun tanto en lo accidental de
las de nuestros templos. Intra-
mos despues en el Palais de
Justice, donde el Jurado esta-
ba viendo la causa de un hom-
bre, que, segun pude entender
habia asesinado a su esposa. Pa-
samos despues a la iglesia de
San Dizier, ojival, bastante gran-
diosa, y luego a la de Saint-Pierre
mucho menor, donde habia
exposicion del Santissimo sacra-
mento. Despues de dar una vuel-
ta por la plaza de Fervecours, re-
gresamos al Hotel y almorzamos.
Estabamos ya dispuestos para
partir para Ginebra, cuando
de repente me acometio una
indisposicion (colitis), que nos
obligo a suspender el viaje, des-
pidiendonos de Pou y del matrimo-
nio Macis, que siguieron
adelante, con quienes habiamos
venido acompañados desde
Barcelona; bien asi como el
jóven Ansell, que siguió su
ruta a Vichy. Por la tarde y

arrochecer dimos una vuelta por la plaza de Bellecour, y por un magnífico puente del Ródano paramos a la parte de la ciudad sentada a la izquierda del río, cuya grandiosidad nos dejó pasmados.

Miércoles, 18 de agosto.

Alpuesto de mi indisposición, partimos a las cinco y cuarto de la tarde de Lyon por ferrocarril, y pasando por Amberieu y Culor, llegamos a las once y media de la noche a Ginebra. El camino es bastante bello, y el viaje fue poco incómodo, porque lo hicimos en su mayor parte de noche a la claridad de la luna.

Jueves, 19 de agosto.

A las doce y media de la madrugada quedamos alojados en el cuartel n.º

30 del Hôtel de la Balance, me del Rhône. Dormi
nos bien, y a la mañana
siguiente fuimos a ver
el Ródano, el Lago de Sévan
la Isla de Roussan en el
mismo, el Jardin Inglés
y varias calles. Por la tarde
paseamos también por ellas,
pasando por delante de
la catedral (reformada)
de San Pedro, el Spence,
y entramos en la Capilla
Rusa de peregrina, pero
no bella arquitectura,
pero riquísima por dentro.
Por la noche paso por
el arden del lago.

Viernes, 20 de agosto.

Sali de mañana y recor-
ri toda la parte de la ciudad
situada en la orilla de-
cha del Ródano, que es
muy poblada y bella.
Después fuimos a la ige-
sias católicas de Notre

Dame y Saint-Germain
que estaban cerradas, y del
Sagrado Corazon, que, á lo
que pude entender, habia
sido hasta ahora casa de
los franc-masones. In-
minaron por fuera el
teatro, el Conservatorio de
musica, la Sinagoga y
la Universidad, en cuya
fachada principal se lee
esta inscripcion: Le peuple
se sert en consacrant
cet édifice aux études
superieures rend hommage
aux bienfaits de l'instruc-
tion garantie fondamen-
talement de ses libertés. Loi du
XXVI juin MDCCCLXVII.

Paseamos tambien por
el Jardin Botánico. Cobré
de Salopin frs. a cuenta
497 fr. 50 cent.

Sábado, 21 de agosto.

Atas 7 en punto de
la mañana montamos

en una buena diligencia
construida de una forma
que no he visto en ningun-
na otra parte. La inferior
de ella constituye un gran
cajon donde van colocados los
equipajes, y en la superior
hay cuatro bancos transver-
sales colocados en plano incli-
nado, que permite a los viajeros
marchar de frente, y disfrutar
de la vista del camino y cam-
pina, pues los muros pueden
mirar por encima de la
cabera de los que tienen de-
lante como en la platea
de un teatro.

Las poblaciones mas
importantes que en esta
ruta atravesamos son
Chêne, Bonneville y Sallan-
ches; el primero por ser el
limite de Suiza y Francia,
es de cir de Saboya; la segun-
da por ser subprefectura
de la Alta Saboya; y la
Tercera por ser bastante
grande y estar situada

en medio de un valle: am-
no regado por el Arve. Todo
el camino sigue casi siem-
pre la dirección de este im-
petuoso, aunque no muy cau-
daloso río. Pasado Sallanches,
se llega á un hôtel situado
á un lado de la carretera,
perteneciente al término
de Saint-Jervais, renombrado
por sus Aguas y Baños
minerales, donde coninua.
A las 5 de la tarde nos apeá-
mos en Chamonix ó Cha-
mounix, que de ambos mo-
dos lo escriben; pero en el
país y la gente del mismo
lo ponen y pronuncian
claramente como la pri-
mera denominación.

Este camino es summa-
mente bello, pues pasa
siempre, primero entre
arborescimos prados, luego
por entre montañas regula-
res; y desde quita el
pico enteramente visible
de Môle, por medio de

levadísimos montes alpi-
nos, y descubriendo siemp-
ante el viajero y acercándose
hasta llegar a su pie el im-
ponente Monte Blanco, que
en verdad es blanco y cubier-
to constantemente de una
grosísima capa de nieve.

En Chamoni nos aloja-
mos en el Hôtel du Mont-
Blanc, notable por su espe-
lente trato. Salimos luego
a dar una vuelta al rededor
del pueblo, y vimos desde
la entrada de un pinar
los últimos rayos del sol
al ponerse que reflejaban
sobre las escarpadas y ne-
vadas cimas del Monte
Blanco: espectáculo gran-
dioso.

Domingo, 22 de Agosto.

Amaneció el día con relán-
pagos, truenos y lluvia,
asistimos a misa, luego
tomamos café con leche,

y observando que el cielo se despejaba algún tanto, resolvimos emprender la grande expedición que es Chamoniq nos train.

A las 9 de la mañana emprendimos la marcha montados en mulos y acompañados de dos indispensables guías. El uno llamábase Alfonso y el otro Juan: aquel había hecho diez y ocho ascensiones al Monte Blanco, y este veinte y nueve. Subiendo por una escarpada sierra durante dos horas y media llegamos al Montanvers, punto bastante culminante y a cuyos pies se extiende el famoso Mer de Glace, especie de cueva llena toda de enormes masas de hielo cristalizado y duro como la roca. El espectáculo es grandioso, pero no bastante para dar idea exacta de

lo que es en realidad aquel
fenómeno maravilloso.

Almorzamos, y luego
emprendimos el rápido
y escabroso descenso al Mar
de hielo. Entramos en él
condicionados de la mano
por los guías en los pasos
difíciles. Fuimos andando
y presto ya en mitad de
él comprendimos lo que
es aquel inmenso hacinamiento
de hielo. Mar le
llaman, y la denominación
metafórica no puede ser más
exacta. Forma un rapidísimo
plano inclinado como la
ventana de aquel inmenso
torrente que se precipita de
la montaña, y que desplado
desde el punto que se
puede llamar medio de la
travesía, sobrecoge el ánimo
del terror que causan los cua-
dros más imponentes de la
naturalera. Hacia abajo
parece un mar cuyas olas
anchas, redondeadas y ex-

temas hubiesen quedado de
súbito helados: hácia arriba
todavía es mas tremebundo
el aspecto, pues lo tiene de
altas, encrespadas e irre-
gulares olas sumamente
embravecidas que á mas
correr se vienen lucinas
del espectador amenazando
tragarlas. En toda su ex-
tension tiene el hielo mu-
chas grietas (crevasas) mas ó
menos grandes y profun-
das, algunas para
recibir el cuerpo de un
hombre, que van goteando
á un depósito ~~por~~ muy
bundo, á donde llegan
produciendo un rumor
sonoro perisiniestro; este
rumor es un ruido carac-
terístico si en la grieta se
arroja una piedra. En los
puntos donde es mas difícil
el trepar ó marchar, hay
un hombre que rompiendo
el hielo abre unas bre-
vedades en que se asienta

el pie con mayor seguridad.
El color de las masas de
hielo es blanco con cierto
matiz azul de cielo en ciertos
puntos. Mitad del mar
está completamente descu-
bierto y libre; mas la otra
está cubierta de rocas, al-
gunas enormes, y una
capa gruesa de tierra que
va desfilizándose de la
vecina montaña situada
al lado septentrional. Ha-
cia abajo las masas
de hielo toman en varios
puntos la forma de pirá-
mides, estábamos en medio
del mar de hielo a la 1/2
de la tarde; cuando cotonan-
do una nube negra las
cumbres del monte que
se levanta al lado meridio-
nal, espació una tinta
por encima sombría sobre
la blancura como de un
sudario de las encrespadas
olas de la mitad superior
del mar. Lo atravesamos

en unos treinta minutos,
tan bien conducidos por las
guías, y caminando tan
a tientas y pausadamente
que no ves balamos ni si-
quiera una vez.

Salimos del char de hielo,
y subiendo el camino es-
cabrosísimo sobre toda por-
cion del pie del monte
septentrional, llegamos al
Mauvais Pas, denomina-
cion que, a pesar de lo
rara y categorica, se queda
conta en expresar lo malo
de aquel paso. Es una
senda tortuosa, sumamente
quebrada y estrecha
abierta sobre un precipicio,
que se corre andando con
pies de plomo como si se
desciende y asiéndose fuer-
temente a una barra de
hierro que a la diestra
mano está clavada en la
peña; pasamos, que
es la unica seguridad
del viajante. En el trecho

desde el Mar de hielo has-
ta el Mauvais Pas caen
impetuosamente dos casc-
das, la del Nant-Blanc
(que significa torrente blanco)
y la de Pit d'Argent, por es-
pararse su caudal en
forma como de cintas o
finas hebras de extraordi-
naria blancura.

Después del Mauvais
Pas descansamos un rato
en la casa denominada
Chapeau, desde donde se
ve de frente y abajo el
Mar de hielo; y descendiendo
luego la cuesta, montamos
de nuevo en los mulos,
que habíamos dejado en
Montanvers, y regresamos
a Chamonix, donde llega-
mos a las 6 de la tarde.
Entonces se desató el tiempo
en lluvia a mas y mejor.

Limes, 23 de Agosto.

A las 9 de la mañana

partimnos de Chamoniix en
coche alquilado particular-
mente, y dejando á la dere-
cha el Mar de hielo, ~~por~~
pasamos por las aldeas
de Prax y Gines, la de Ar-
gentieres con su nevera (gla-
cier) á la derecha, subimos
un rápido y escabroso co-
llado, llamado de los Mon-
tets, que bajamos luego por
la parte opuesta llegando
á la aldea de Barberines,
á la salida de la cual hay
un puente que divide la
Alti Sabouza del canton
de Valais, en Suiza. Por
una carreta estrecha que
va rodeando una montañ-
a, al borde siempre de
inmensas simas ó preci-
picios, llegamos á las 12 1/2
á la Fête Noire, así llama-
do ~~por~~ un enorme peñasco,
horadado en su parte media,
artificialmente, en forma
de túnel que el camino atra-
viesa; cuyo peñasco por for-

mar un gran riode encara-
do al norte, y que por tanto
jamás ha sido tocado por los
rayos del sol, está cubierto de
una especie de lodo o musgo
gelatinoso negro, de donde
le viene su denominación.
Inmto á él está el Hôtel de la
Fête Noire. Salimos de allí á
las 2 de la tarde, y subiendo
despues una empinada cues-
ta por donde trepa la carretera
formando eses, llegamos des-
pues de atravesar en la
llanura la aldea de Frient, á
cuyo lado ~~para~~ corre el rio de
igual nombre, ^{según} ~~se~~ llega al alto
collado de la Forelar, desde
el cual descendiendo la carretera
formando tambien eses, por
espacio de dos horas largas,
hasta la villa de Martigny,
en la que entramos á las 5
de la tarde, alojándonos en
el Hôtel Grande Maison et
Porte. El camino de Chamo-
nix á Martigny, es algo
espuesto por los derrumbaderos

enormes que casi siempre
tiene a su izquierda, pero
lo embellecen los bosques
frondosísimos, montes pin-
toreños, amenisimos prados
y paisajes encantadores que
por el se descubren, regados
por rios de poca caudal pero
impetuosos y bullidores.

A nuestra llegada a Mar-
tigny, alquilamos un coche
y fuimos a ver dos espectácu-
los sorprendentes. El uno es
la gran cascada de Pisevache,
caudalosa, que a grande altu-
ra parece salir del centro de
una roca, y cae como en tra-
visimas madejas de blanqui-
simo algodón. El otro es la
Sorge du Trient, de la que
ninguna explicacion pue-
de dar idea exacta. Es como
una gran grieta abierta
en un enorme peñasco por
la que se introduce y pasa
furioso y bramando el rio
Trient. La grieta o cavidad
es bastante larga y tortuo-

sa, y mucho mas ancha en
el álveo ó lecho del río que
por la parte superior. Esto hace
que es oscura, glacial, atro-
nadora por el eco que en sus
infinitas sinuosidades y recor-
dos forman las peñas de
extraordinaria magnitud
que parecen amenazar al es-
pectador con desprenderse
y aplastarle. Todas estas cir-
cunstancias dan al mismo
la idea de que penetra en
un antro, cuyo feroz aspecto,
irregularidad, oscuridad cre-
puscular en medio del día,
helado ambiente, y ruido
infernal del comprimido
y aquí y allá atajado río,
parecen indicios de que son
la puerta de un mundo
desconocido y espantoso.
La sensación que se experi-
menta es muy viva.

Martes, 24 de agosto.

En coche particularmente

alquilado partimos a las
6^h de la mañana de Mar-
tigny, y subiendo siempre por
una bastante buena carreta,
llegamos a mediodía a la
aldea de Liddes, en cuyo Hó-
tel de l'Union, de modesto as-
pecto almorzamos. Montamos
a cosa de la 1^h/₂ de la tarde en
otro coche, no ya tirado por
caballos, sino por mulos, y
subiendo una carreta de
ya mas rápida inclinacion,
atrasamos la aldea de
Saint-Pierre, último pueblo
de Suiza por aquella parte,
y a las 4 de la tarde nos
apreamos en la Cantine de
Proz, que es un caserío si-
tuado en el fondo de un
valle. Aquí montamos en
mulos y subiendo por una
senda escabrosa y tortuosa
llegamos a las 6 de la tarde
al Hospicio del Gran Monte
de San Bernardo o, como le
apellidan, Hospice des Grand
Saint-Bernard.

El largo camino recorrido
tiene tres aspectos distintos
segun las comarcas que atra-
viesa: de Martigny a Siddeles,
frondoso y lozano, con bellos
prados y poblados bosques
de abeto; de Siddeles a la
Cantine, menos rico en vege-
tacion, que se limita a pra-
deras; y de Siddeles a la Canti-
ne a San Bernardo, y aun
antes de llegar a aquella, des-
poblado, árido, pedregoso y que-
brado. De la Cantine arriba es
la region no solo de lo inhabi-
tado sino de lo inhabitable.
Si vegetacion hay en realidad,
si por tal no se tienen algunos
musgos que crecen entre las
rocas y en las laderas del co-
mino. Es un espectáculo ater-
rador de soledad con el silencio
del sepulcro. La nieve que tiene
alli su asiento en la mayor
parte de los meses del año,
mata todo y no deja
germinar semilla alguna,
parece decir al hombre: no

pases! ¡huye! este es el reino
de la muerte!

Pues bien: en este desierto,
á lo alto de un collado, límite
del canton de Valais (Suiza) y
del valle de Aosta (Italia), se
levanta el humilde y modesto
por su exterior aspecto, pero gran-
de, majestuoso y sublime por
su instituto, Hospicio del Gran
San Bernardo; allí á la eleva-
cion de 2472 metros sobre el
nivel del mar, como entre la
tierra y el cielo; donde la
belleza de este en las grandes
alturas contrasta atractiva-
mente con la miseria, ingra-
titud y lo espantable de la
tierra.

Al bajar en el Hospicio,
uno de los que á los tocos, según
costumbre, una campana
que hay en un gran descanso
de la escalera, y salió inme-
diatamente un monje, que
nos acompañó en nuestro a-
posento. Afabilidad, finura,
amabilísimo trato e instruccio-

eran sus prendas morales,
y hasta le favorecian las físi-
cas pues era jóven, de agradable
y casi bella fisonomía y buena
figura. Este es el monje encar-
gado de recibir, servir y acom-
pañar a los visitantes, viajeros,
o si se quiere, tomeros. Conser-
vamos siempre ~~una~~ memoria
de la gratísima impresion que
desde el primer momento nos
causó este buen religioso.

A poco de instalados en
nuestro aposento, la campana
nos llamó a la comida o cena,
que nos fué servida a todos los
forasteros en un bueno y casi
lujoso comedor. El Padre presidió
la mesa y hizo, como dicen, los
honores de ella; todos los foras-
teros estábamos sentados, los
hombres al lado del religioso, y
las mujeres al opuesto; parece
ser regla de la casa, o lo menos,
cuando el monje preside las
mesas. Concluida la cena,
nos sentamos en sillas pue-
tas en círculo alrededor del

la chimenea, pues empezaba ya a sentir el frío; una mistress quiso poner una pica en Flandes tocando el piano poco mejor que yo que lo toco menos que Thalberg; siguió un rato de conversacion, durante el cual hice varias preguntas al Padre; y luego nos sirvieron el té con leche, poniéndovela por sí mismo el religioso en la tarea de casa forastero. Después nos acostamos en camas, cuyo abrigo — tal es el clima — consistia en dos muy gruesas mantas y un edredon.

A las 6 de la mañana.

Miércoles, 25 de Agosto.

A las 6 de la mañana oímos el oficio que cantaron los religiosos en su modesta iglesia, poco mayor que una capilla grande. El efecto místico del cántico se produjo en aquella soledad eremítica

Excede a toda ponderacion. Parece
que allí han ~~de~~ de ser mas fer-
vorosas y eficaces las pœces del
creyente. Luego nos sirvieron
el café con leche, manteca y
pan; y en seguida visitamos
la Biblioteca, donde hay un
monetario y varios objetos del
culto pagano recogidos por reli-
giosos aficionados a antigüe-
dades en excavaciones hechas
a propósito en el Terreno pro-
pio del Circuito del Hospicio.
De allí paramos a la Morgue,
pequeño edificio donde se con-
servan mas o menos moni-
ficados los cadâveres de los
infelices que perecen en el
monte entre la nieve. Como
la congelacion es tan intensa
y potente que los endurece has-
ta petrificarlos, están todas las
monias de pie, en la actitud
en que los sorprendió la muerte,
y sólo con los años, se desqui-
cian y en esta manera se des-
componen, desprendiéndose
entonces la cabeza y miembros

y descomulgándose el tronco;
por cuyo motivo se ven es-
parrados por el suelo mu-
chos cráneos y otros huesos.

Tras de esto, nos fueron pre-
sentados los perros, que de
tanta fama gozan en todo el
mundo. Bien la merecen
sin duda, porque perros mas
grandes, de mas bella cabera,
mas mansos, y casi podria
^{decirse} mas humanos no los habria
acaso en toda la redondez de
la tierra. Su pelo es de color
entre rojo y amarillo con
alguna chapa blanca. Su
~~parte~~ musculatura prodi-
gamente desarrollada mani-
fiesta claramente su fuerza.
No es necesario tener como
yo tanta simpatia a los
perros para admirar y que-
rer desde el primer momento
a los del monte de San Ber-
nardo.

Para completar la parte re-
lativa a lo material del edificio,
debo añadir que en el descamo

de que he hecho mérito antes, don-
de está la campana, y por donde
se entra al conector, hay en las
pared, desde el pavimento, una
gran lápida de mármol negro
con letras entalladas en ellas
y doradas, que dicen.

Napoleoni primo Francorum
imperatoris semper augusti,
Reipublicæ Valerianæ restaura-
tori semper optimo,
Aegyptiaco, bis italico semper
invicto,
In monte Iovis et Sempronii
semper memorando.

Reipublicæ Valerianæ grata II
decembris anni MDCCCIV.

Preguntaruo al Padre por la
significacion del Monte Iovis, me
contestó que era el mismo del
San Bernardo, donde hubo en
la mas remota antigüedad un
templo druidico, y luego fue
consagrado á Júpiter en tiempo
de los Romanos; y que de los
dos se encuentran restos en
el contorno, y á ellos pertene-
cian los ídolos y otros objetos

arqueológicos del culto gentil
y ~~monedas~~ medallas
descubiertos por los reyes & reli-
giosos en sus excursiones anticua-
rias en los terrenos circunve-
cinos al Hospicio.

El objeto altamente carita-
tivo de este es recoger u hospedar
y asistir á los viandantes que pasan
por él, pues está colocado en
medio del camino mas corto
que en aquellas regiones exis-
te para pasar de Suiza á Ita-
lia: objeto de suma utilidad
pues, según informes, pasan
por allí anualmente de quince
á diez y seis mil personas, la
mayor parte trabajadores.
Aquella extensa y desierta
comarca está cubierta de
una muy considerable
capa de nieve los mas de
los meses del año; por cuyo
motivo son los inviernos su-
manente rigurosos, señalan-
do el termómetro de 13° á
 15° centígrados bajo cero, por
promedio, y negando á veces
á 20° , 25° y aun 30° . Varion

parajeros pierden el camino
en medio de aquella sábana
de nieve y se hunden en ella
andando sobre un precipicio.
Acaso; á otras sorprende y
sepulta una avalancha de
las que allí con mucha fre-
cuencia se precipitan desde
las gargantas y cumbres de
los montes por cuya base
va serpenteando la mal tri-
llada senda. Los que llegan
al Hospicio extenuados de fa-
tiga, aterridos de frío, medio
helados y á veces momentos
de hambre, son recibidos en
él, donde encuentran alimento
lumbre, abrigo y cama. Los
que por por cualquier accidente
se quedan en el monte hundi-
dos en la nieve, son recogidos
por los religiosos y señores
del Hospicio, llevados á él, asis-
tidos y medicados. Lo mas sin-
gular y espantoso es que haya,
como todos los años hay, im-
prudentes que se atreven á pa-
sar por aquellos pararnos bes

tielo por la noche. Entre estos desgraciados se encuentran siempre el mayor número de víctimas.

Véase por la montaña unos postes de madera clavados al suelo, a bastante distancia unos de otros, pero siguiendo cierta línea o dirección determinada, que es la del que llaman carrino de invierno, distinto del que nosotros seguimos, y que, según vine a comprender, tiende a desviarse de las hondoradas y se inclina siempre a las faldas o vertientes de las colinas, por donde será sin duda más segura la travesía por acumularse allí menos cantidad de nieve.

Dos servidores prácticos especiales hacen, al parecer, cada día una ruta por aquellos contornos, acompañados y a veces guiados por los célebres perros.

4 tambien se hacen los re-
ligiosos, sobre todo cuando
ocurre algun accidente.

En el invierno pasado sobre
vino uno en que perecieron
de 14 a 15 siete y ocho perso-
nas, entre ellas, dos mujeres.
Uno de los perros estuvo por
espacio de dos dias sumergi-
do en la nieve, y volvio al
hospicio muy debilitado de frio y fa-
tiga, y gastadas las uñas; tan-
to las haria servir para es-
carbar en busca de salidas.
A pesar de todo, los perros
no prestan los servicios que
tanto se han buscado de
quiera. Su principal cualidad
consiste en que, por su parti-
cular instinto o característico
olfato, encuentran y conocen
mejor el camino que el hom-
bre que en medio del hui-
namiento de nieve, no sabria
por donde andar, y los perros
le guian con seguridad. En
este concepto dice que son
no solamente por todo extre-

no útiles sino indispen-
sables. Olfatean también á
una persona ó cadáver su-
mergido en la nieve á poca
profundidad, pero ya no las
sienten si está muy hundi-
da. No sirven para extraer
de la nieve á una persona
ó cadáver, pues si lo olfatean
ó advierten su presencia por
las manos, pieren otra par-
te que asome por la nieve,
se limitan á ir husmean-
do y dando vueltas en torno
sin acercarse á tocarlo, sin
duda por miedo ó repulsión.

Extraída de la nieve una
persona congelada, se le da
algun alimento, es llevado
al Hospicio, y allí se le apli-
can los medios necesarios
para reaccionarla. Estos
son los ordinarios contra
la congelación, como friccio-
nes con nieve, abrigo, apli-
caciones calientes etc. Si al-
gun miembro ó parte de
él ha caído en gangrena,

el enfermo es trasladado al hospital de Aosta, donde se le amputa.

Los cadáveres son entregados a sus familias si son conocidas, ó depositados en la almoneda, donde momificados permanecen años sin descomponerse. Hay todavía el de una mujer a quien sorprendió la muerte con una criaturita en brazos, y en esta actitud la sostuvo años y años hasta poco hace en que se le cayó.

Los religiosos son, si no lo entendi mal Comonijos regulares de la orden de San Agustín. á lo menos algunos llevaban en el coro una capilla encarnada - cuyo superior principal reside en Ivrea, y el superior particular del Hospicio en Martigny. Tienen otras casas u Hospicios, especialmente el del Simplon, cuya altura sobre el nivel del mar

es en 500 metros menor
que la de San Bernardo.
Son, como antes he indi-
cado, todos jóvenes y de
robusto aspecto, porque lo
extremadamente rigoroso
de aquel clima es fatal
no solo para los débiles
y viejos sino aun para
los de mediana edad,
cuando van entrando en
ella o amagando enfer-
mar, son destinados al
Simplon o otra residen-
cia mas benigna. Siete
u ocho años suelen resi-
dir en San Bernardo, a
pesar de que ha habido
algunos de tanta fortí-
tuda física que han per-
manecido allí bastantes
mas años.

Es regular y hasta de-
bido — puesto que los mon-
jes no admiten paga por
el hospedaje y manuten-
cion — depositar algunos
limosna en un cepillo

de la iglesia.

Al' lo hicimos, y despues
de despedirnos de nuestro
inolvidable padre, emprendi-
mos la marcha, salien-
do del Hospicio a las 9 de
la mañana con lluvia
y mucho frio, como que
yo iba embosado en mi
capa. Al llegar a la Cautin
el Pro cesó la lluvia, y
conforme fuimos bajando
el monte, fué tambien di-
minuyéndose el frio, des-
andando, pues, en la mis-
ma forma el camino del
dia anterior, nos apeamos
a las 4 de la tarde en Mar-
tigny. A las 6 $\frac{3}{4}$ subimos
en el tren del ferrocarril,
y a las 10 $\frac{1}{2}$ de la noche
llegamos a Lassana, ins-
talándonos en el Hôtel de
Bellevue.

Jueves, 26 de Agosto.

Dimos por la mañana

un buen paseo por Lausa-
na, y aunque no entramos
en edificio alguno, vimos el
Tribunal Consueal; la igle-
sia de San Francisco (protes-
tante); el Gran Puente; la
iglesia de San Lorenzo (pro-
testante); el Templo Aleman;
el Hôtel de ville; la Catedral
(protestante) y su mirador
desde el cual se ve un be-
lísimo paisaje constituido
por el lago de Ginebra, los
Alpes y las montañas de
Saboya; el Chateau o anti-
guo palacio episcopal, que
hoy lo es de las autoridades
del Cantón de Vaud, cuya
capital es Lausana; el Túnel,
no de ferrocarril sino de
comunicación directa entre
una y otra parte baja de
la ciudad; el Mercado; y
una bella iglesia católica
de construcción muy moder-
na, cuyo título ignoro.

Bajamos después al pue-
blecito de Ouchy, donde

nos embarcamos en el va-
por de ruedas Helvetie A
las 3 de la tarde emprendi-
mos la marcha, nada
mas bello y delicioso que
un viaje en vapor por el
lago de Ginebra. Este se hizo
por la orilla septentrional
o derecha conforme se ve
de Ginebra Lausana a Gine-
bra. Una costa amenisi-
ma; pueblos lindos que,
sentados junto al agua,
parecen de lejos estar bañán-
dose en ella; quintas y casas
de recreo (chateaux) de la
arquitectura bella y original
de Suiza; y sobre todo a la
parte izquierda, allá a lo
lejos, muy a lo lejos, apare-
ciendo por entre elevadas
montañas, en otra parte
asomándose por las más
altas cumbres, ahora casi
por entero, después sólo
la parte superior, otras veces
sólo lo más elevado de su
cónica cumbre, el majestuo-

rey de los montes europeos,
el imponente, el siempre
por entero nevado Monte-
Blanco. Ningun panorama
sobrepasa en grandiosidad
al que se disfruta al
bordo de un buque, y que
presenta en primer termino
la tersa superficie azul
del lago, en segundo las
frías costas meridional,
en tercero los Alpes, y en
último su presidente
Olímpico el Monte Blanco.
Los pueblos principales que
se divisan a la derecha en
esta costa ~~de~~ navegación,
son Morges, Préles, Nyon,
Celigny, Coppet, donde existe
la antigua quinta de Mad.
Staiel y Versoir, a las 6 de
la tarde llegamos a Ginebra,
y nos hospedamos en el
Hôtel de la Poste.

Viernes, 27 de agosto.

Lo pasamos en Ginebra

Ocupados casi exclusivamente en los preparativos para la excursión próxima inmediata.

Sábado, 28 de Agosto.

A las 11 $\frac{1}{2}$ de la mañana salimos de Ginebra por Jussy-Casil, y pasando por Courmayeur, llegamos a las 3 $\frac{1}{2}$ de la tarde a Friburgo, donde nos hospedamos en el Hôtel de Friburgo. Salimos inmediatamente a dar un paseo, y vimos ~~dentro~~ el Hôtel de Ville y el tilo famoso plantado en la plaza en 22 de junio de 1576 en conmemoración de la batalla de Morat, a la que va unida una tradición, o historia quiza, propia para inflamar el amor patrio. Visitamos luego dos grandes iglesias católicas, una llamada Nôtre-Dame, y la Catedral de San Nicolas, católica tambien, de estilo gótico, grandisimo

sa y bella. Despues pasamos
por el Gran puente ~~de suspension~~
colgante (Le Grand Pont sus-
pendu), sobre el rio Sarine,
que tiene 265 metros de
longitud, 51 metros de altura
sobre dicho rio, y cuyo tablero
esta sostenido solo por dos
pilares a cada extremo, en
que se apoyan cuatro cables
de 370 metros de largo ca-
da uno, y compuestos de
1056 alambres cada cable,
y de fuerza de 610 kilográ-
mos por término medio
cada alambre. Es, a mi ver,
la obra mas atrevida en
su género. Pasamos tam-
bien en seguida por el puente
de Gottenon, alto de 97 metros
y largo de unos 210. Es asi-
mismo colgante, parece
una copia pequeña del
primero, es igualmente muy
atrevido, pero lo pareceria
mucho mas si a su lado
no se vierá el otro. Aquel
fue abierto para el publico

en 8 de octubre de 1834, y
este en 19 de octubre de 1840.
El de Gosseron no atraviesa
por sobre el Sarine sino
sobre el hondo valle, del
nombre que lleva

Domingo, 23 de agosto.

Después de oír misa en una
grande iglesia, cuyo nombre
ignoro, vimos la estatua de
bronce, sobre un sencillo pedestal
tal que se levanta en medio de
una plaza, á poca distancia
del mencionado templo. Es
del P. Gregorio Girard, natural
de Friburg, que se hizo célebre
por sus escritos sobre la edu-
cación.

Luego alquilamos un
coche y fuimos á ver el
viaducto de Grandey, que for-
ma parte del ferrocarril que
va de Friburg á Berna, y
dista de aquella poco más
de media hora. Está echado
sobre el río Sarine, es de hierro

tiene 78 metros de alto en el punto correspondiente al álveo del río, y mide 388 metros de largo. Descansa sobre seis pilares de hierro que se apoyan en otros tantos pedestales de mampostería. Me parece que su solidez estriba en la fuerza que tiene el vértice de un triángulo equilátero; pues éste es el elemento de la trabazón y enlace de las infinitas barras planas que á modo de gran celosía forman su trama. Las barras horizontales se apoyan todas ó están afianzadas en puntos á que corresponden los vértices de aquellos centenares de triángulos. Corre á lo alto por ambos lados una barandilla. Dicen que en su construcción se emplearon 60,000 quintales de hierro y se gastaron 3.000,000 de francos. Tiene, por decirlo así, dos pisos; en el superior están colocados los rails de

las dos vías del ferrocarril,
dejando, como es costumbre,
un grande espacio intermedia,
el piso inferior corre a lo
largo de este espacio, y viene
a ser una especie de túnel
o muro de fianza de hierro,
— pues tal aspecto le dan las
innumerables barras de hierro
que se entrecruzan para for-
mar la trabazón de aquel gran
mecanismo. — con pavimento
de madera dispuesto en tablas,
por donde pasan los peatones
como por ~~otro~~ un puente
cualquiera. A ambos extremos
hay unos cilindros, que ~~son~~
sirven para facilitar el des-
lizamiento de las barras
horizontales del viaducto pro-
piamente dicho, a efecto de
la dilatación y contracción
del hierro por influjo del calor
y del frío, pues parece que
a causa de aquel llega a di-
latarse y por tanto a prolongarse el viaducto hasta 40
centímetros. Miertras está

banos en dicho túnel, acer-
tó a pasar un tren. La im-
presion que causa es viva,
porque parece que todo se
hunde, a pesar de que por lo
lijero de la trepidacion viene
a conversarse la solidez de la
obra.

Fres son, pues, las de Fri-
burgo que sorprenden el ánimo:
el puente colgante de
Gotteron y especialmente el otro
sobre el Sarine, por su atrevi-
miento, y el Viaducto de
Grandfeij por obra de artes.

A las $3\frac{1}{2}$ de la tarde sali-
mos por ferrocarril y a las
 $4\frac{1}{2}$ llegamos a Berna (Bern)
donde ~~después~~ antes de comer
dimos un paseo por las calles.
Nos hospedamos en el Hôtel
de Bellevue.

Lines, 30 de agosto.

Saliedo a recorrer la ciudad,
visitamos el Palacio federal,
asiento del gobierno central

de la Confederación Helvética, donde nos llamaron principal-
mente la atención tres salas: la del Consejo federal, la del de los Estados y la del Nacional. Estas dos últimas tienen la forma de hemicíclo. Es de notar que la figura pintada en el testero sobre la silla presidencial, que representa la República no es una espada; de donde un español de nuestros días podría sacar la consecuencia de que aquí la República es la paz. El edificio es grande, sencillo, pero majestuoso y elegante: modelo de pulcritud en todas partes. Delante del palacio federal hay una fuente, sobre cuyo pedestal se eleva la estatua de bronce de una gallarda matrona, que empuña la lanza y lleva caparrote: llámase La Berna.

Entramos luego a ver la Casa Bodega del Mercado de Granos, que está subterránea, debajo de aquel sitio

donde concurre muchas
gente á beber vino, y nota-
ble por tener toneles mon-
truos, pues los hay cuya
capacidad es de quince mil
y veinte mil botellas. El
Número ó guarismo que
la indica está escrito en
la parte anterior del tonel,
y pintados en torno escu-
dos de cartones suizos,
Es un establecimiento cu-
rioso.

Poco mas allá de las
Bodega en medio de una
ancha calle se ve una
fuente, de cuyo algibe
se levanta una columna,
que tiene en su parte
superior la figura mas
original que se ha visto.
Es un hombre, á quien
llaman Kindliresser —
~~Brunnen~~ Brunnen, que,
diceu significa devorador
de chiquillos. Efectivamente
tiene agarrado á uno con

la diestra y lo lleva a' la bo-
ca, como que ^{on} ella acaba de
entrar ya la cabeza del pobre
diabulillo; y con la ~~ot~~ mano
izquierda sostiene una
especie de manta obblada,
a modo de saco, llena de
muchachitos y muchachis-
tas que contemplan con
siente que les agrandan,
forcejan por saltar del saco
en ademán desesperado.

Un chiquillo ha salido ya
y se le cogido a' las espal-
das, y otro se le escabulle
por detras de las piernas
como en actitud de estar
diciendo: a que no me
coges! piés i para que se
quiera?

Pasamos luego a' ver
la que llaman torre del
reloj, que no es tal torre
en rigor, sino un arco
levantado en medio de
la calle, y aun no cogiendo
toda la anchura de ella.
Es el punto de cita de to-

dos los extranjeros cuando el reloj va a dar una hora. Este ocupa un gran espacio encima del arco, y a la altura del mismo y a su izquierda tiene varias figuritas conforme se entenderá por la explicación del juego que hacen al dar la hora. Uno o dos minutos antes canta un gallito con voz aromadizada, pocos momentos después una procesion de osos, cuales a pie, cuales a caballo como apuestos guerreros con armas defensivas y ofensivas se mueven procesionalmente en direccion circular saliendo por una puertecita de la derecha y entrando por otra de la izquierda: después una especie de arlequín grotescamente pintado en lo mas alto del grupo toca las horas con dos varillas

una en cada mano en otros
correspondientes campanillos;
~~de~~ ^{mi} ~~de~~ ^{de} la hora un viejo gro-
tesco va contando con la bo-
ca los campanilleros, y me
figurita roja que tiene al
lado, mezcla de personas
y bruto las va contando tan-
bien dando en cada una
una enorme y violenta
caberada; y despues de todo
vuelve a cantar el galli-
to con voz ni mas entera
ni mas tersa que antes.

De allí paramos a ver
la Casa de la Ciudad, edificio
de pocos años y de la arqui-
tectura original de aquella.
Junto a dicha Casa está una
iglesia católica que visitamos,
de construcción muy mo-
derna y de buen gusto. Luego
examinamos por fuera la
Catedral (protestante), de es-
tilo gótico. Delante de su
puerta principal, en medio
de una plaza se eleva sobre
un pedestal sencillo la

estatua cuettra, de redu-
cidas dimensiones, de Erlach,
vencedor de Saupen. Junto
al pedestal ~~de~~ ó basamento
cuadrado y enfrente de
cada ángulo a corta dis-
tancia, a modo de pilares,
hay cuatro osos de regular
tamaño.

Después paramos a hacer
una visita de atención a
los célebres Oros vivos, que
habitan una especie de
foro circular abricato fuera
de la ciudad, pasado el
punte de Nydeck, echa-
do sobre el mar, no que
casi da vuelta a la pobla-
cion. Los osos son muy
amables, bellos como osos,
no cesan de tragar zanaho-
rias, bollos y otras cosas
que les arrojan los especta-
dores, y hasta uno, que es
el mayor, un espantable
oso, sentado sobre sus pela-
das poraderas hace algunas
gracias cuando le arrojan

la comida. Al tiempo de
nuestra visita habia Cuatro
votos, en dos compartimientos,
dos grandes y dos pequeños,
no como niños sino como
mozalbetes. Se conocia que
a' otro lo habian encerrado
por castigo, pues no cesaba
de golpear y forzar la
puerta de su cárcel.

Berna es una ciudad
que casi puede decirse no
tiene semejante. Anchas
calles, una larguissima,
casi todas con pórticos, ó me-
jor soportales como los de
los Encantes de Barcelona,
pero muchos mas estrechos,
y bajos, y elevados de medio
á un metro sobre el nivel
del resto de la calle. En todas
ellas fuentes en abundancia
de arquitectura extraña,
casi siempre formando
una columna con la fi-
gura mas peregrina en
la cima. Dicen que está aho-
ra como estaba en la Edad

media, y tal debe de ser
el quito de los naturales
que^{en} la construcción de
las nuevas casas se apar-
tan poco del estilo de las
viejas. No es ciudad bella,
pero tiene un no sé qué
atractivo.

A las 2 $\frac{1}{2}$ de la tarde par-
timos de Berna por ferro-
carril, a las 3 $\frac{1}{2}$ llegamos
a Scherlingen, donde nos
apreamos, y entramos en
un vapor de ruedas llama-
do Bubenberg, que remon-
tando primero por breve tre-
cho el río Aar, y entrando
luego en el lago de Thun,
nos dejó a las 5 $\frac{1}{4}$ en Darlin
Darlingen, en cuyo pueblo
desembarcamos, subimos
de nuevo en un tren de
ferrocarril y a las 5 $\frac{3}{4}$ lle-
gamos a Interlaken, don-
de nos hospedamos en el Hô-
tel de Interlaken.

En el pueblo de Neuhaus
en que hizo escala el vapor,

se entra de lleno en el Oberland

Martes, 31 de agosto. X

Interlaken, que, a mi entender, significa entre los lagos designa una poca extensa comarca a modo de istmo entre los lagos de Thun, que está en su parte occidental, y el de Brienz, que se halla en la oriental, poco mas ó menos. Mas bien que un pueblo, es una reunion de muchas y, por lo general, vastas y lujosas hoteles y tiendas de objetos labrados con piedras y maderas de los Alpes, fotografías de los mismos, ropas, tabacos etc. tan grandes y bien provistas como las de muchas ciudades importantes de Francia. Es un sitio de recreo y rusticacion curativa ó médica, a donde, segun cálculos, concurren al año mas de 30,000 extranjeros. Han instituido allí las que llaman cure du petit-lait y cure de l'air. En cuanto a la primera parece que conf

efecto varios enfermos siguen
un tratamiento por medio del
suero de leche de cabra, del que
hasta dice que les dan baños
generales... Primum teneatis!
y por lo que toca a la segunda
o sea el tratamiento por medio
del aire, baramito que, sin de-
jar de ser vendida en lo esencial,
es una charlatanería con pun-
tas y collar de franceses el querer
elevar a la categoría de proce-
dimiento científico una vul-
gar perogrullada. Como quiera,
que sea, Interlaken es un buen
sitio de recreo, punto de parti-
da de varias excursiones por
los Alpes, y residencia que los
naturales han hecho agradable
por varios modos. Una de ellos
es el Kurssaal que han estable-
cido, pequeño edificio con jardi-
nes reducidos pero bien dispuestos
y cuidados, en el cual hay café,
sala de lectura con bastante
periódicos, teatro grande, mas
que el de muchas poblaciones
de importancia; y en medio

de los jardines un tablado donde
una bien regular orquesta da
conciento tres veces al día: de 7 a
8 de la mañana (para los que van
a beber su toma de uero), de 4 a
5 de la tarde y de 8 a 10 de la no-
che. En el Kursaal entran libre-
mente y todos los extranjeros,
porque todos pagan (en la cuenta
del Hotel) una pequeña cuota
por persona según están allí uno,
dos o más días.

A las 10 de la mañana sali-
mos de Interlaken en coche par-
ticular, y tomando por una gar-
ganta de altas montañas pobla-
das de espesos bosques de abetos,
en la dirección de la Junfrau —
que es un elevadísimo pico cubier-
to de nieve formando el glaciar de
la Junfrau, que, viéndose clara-
mente desde la calle de Interla-
ken, embellece en gran manera
el paisaje — y siguiendo en la
mayor parte del camino una
ladera del río Lirschine, de mas
ímpetu que caudal, llegamos
a las 12 a la aldea de

Lauterbrunnen. Apenas meti-
dos en la mencionada garganta,
hallamos á un lado del camino
á un hombre que nos saludó me-
diantibus illis con el famoso al-
phorn, cuerno, ó mejor trompa
de los Alpes. Es una especie de
trompeta de metal ó madera
toscamente labrada, de la altura
de un hombre, que se tañe apo-
yándose en el suelo. El sonido
es fuerte y agradable y las toca-
tas originales y con cierto carác-
ter montañas como la patria
del instrumento, que se conoce
es tradicional á cuanto cabe.
El aliciente y merito de la tron-
pa y sus tocatas no están en ella
mismos, sino en la serie suce-
siva é indefinida de ecos que
siguen á aquellas, á efecto de la
reflexion del sonido en aquella
multitud de vertientes y honda-
nadas; y en este concepto, nada
mas agradable, nada mas encan-
tador, nada mas sublime que
la trompa de los Alpes. Sin oírlo

no puede concebirse lo mágico
de aquella selvática música.

En Sauterbrunnen vimos
la cascada de Staubbach, que
se precipita perpendicularmente
de una altura de 300 metros.
En toda la extensión del peque-
ño valle de dicha aldea, á uno
y otro lado, caen otras varias
cascadas, pero ni la primera
ni las demás valen con mucho
la de Piscvache en Martigny,
ni puede decirse que paguen las
molestias del viaje.

Mas notable es la que yo
llamo garganta de Strümbel-
bach, á la parte opuesta y á poca
distancia de Staubbach, que
consiste en una especie de ria-
chuelo ó gran torrente, que des-
ciende de considerable altura
como encajonado entre peñas,
hasta la parte inferior en que
pasa como por una horadada
con una furia tal y tan espanto-
roso bramido que sobrecoge
de pavor el ánimo.

Á la 1 $\frac{1}{2}$ de la tarde, después

oído al pie de la Staubbach la
troupa de los Alpes, mejor ta-
tida que la primera, montamos
de nuevo en el carruaje, y a
las 3 hrs apeamos en Interla-
ken.

Aquella tarde convenimos
al Kurraal, ya que forzosament
debíamos pagarlo.

Miércoles, 1º de Setiembre.

A la 1 $\frac{3}{4}$ de la tarde subi-
mos en un coche de ferro-
carril, y en un cuanto del
hora llegamos a la aldea
de Boningen, donde nos apea-
mos. El referido coche mere-
ce una mención especial,
pues tiene una particula-
ridad que hasta ahora, ni
en el presente ni en mis an-
teriores viajes, he visto más
que en el cortísimo trecho
de ferrocarril que Darlingen,
village del lago de Thun, a
Boningen, village del de Brien.
Consiste dicha particularidad

en que los vagones de cual-
quiera clase que sean, ademas
de estar dispuestos como los
ordinarios, tienen dos filas
de asientos en un mismo
banco que corresponden al
centro o eje de dicho coche
como en las tranvias o
centrales. Para seguridad
de los viajeros hay una
barandilla en forma de en-
rejado de varillas de hierro
a ambos lados, nosotros pa-
ra probarlo todo corrimos
aquel corto trecho en la parte
superior o llamada imperial
del coche.

Entramos luego en el
vapor de ruedas Oberland,
que echo a andar al poco
rato y cerca de las 3 de la tarde
descubrimos en Sierbach.

Subimos a pie una rápi-
da, nada suave, pero a muy
trillada senda, que forma
ese par entre un bosque
muy frondoso, y a poco
mas de un cuarto de hora

entrarnos y fuimos hos-
pedados en el Hôtel ^{et} pen-
sion Siersbach, único que
allí hay, modelo y espejo
de grandiosidad, lujo, buena
asistencia y finura.

Se me ha olvidado expre-
sar — pero ya se desprende de
lo dicho anteriormente —
que el vapor Oberland nos lle-
vo' por el lago de Brien.

Siersbach no es ni signifi-
ca una aldea, sino la
vertiente de un escarpado
monte por donde se precipi-
ta una cascada que lleva
aquél nombre, y en la cual
se ha edificado aquella so-
berbia casa de delicias para
proporcionar albergue a los
innumerables viajeros que
en verano acuden para admi-
rar la cascada.

Cascadas de Siersbach
suelen llamarse y con razón,
porque si bien en lo más ele-
vado de la montaña aparece
un caudal único y copioso

de agua, las numerosas pe-
ñas que en su rapidísimo
descenso parecen querer ota-
jar su corriente lo transfor-
man y dividen en infinitos
chorros distintos, mas anchos
conforme se va descendiendo
y haciendo mil juegos de
agua peregrinos y bellos
todos que salvan de agua ací
para allá formando montu-
nes varios de blanquísima
espuma que en varios puntos
suelta una como polvareda
de diminutísimas gotas como
las de algunas nieblas. Es tal
el ímpetu del agua en sus
varias caídas, que al chocar
violentamente contra las pe-
ñas lanza bravidos atrona-
dores. Contrasta bellamente
con los múltiples juegos y
nieva blanca del agua
con el vector del pobladísimo
bosque de abetos entre los cua-
les se precipita como por
una ancha rendija que hu-
biere ido abriendo su incon-

trastable furia. Es bellissima
la cascada de Siersbach, y sólo,
entre las que hemos visto, puede
competir con ella la del
Pisevache por su caudal y
buena forma, pero aquella
es mucho más asombrosa,
y en variedad la aventaja.
Una senda bien construida
y cuidada la va rodeando
en toda la altura del mon-
te, para que pueda el es-
pectador ir viéndola en to-
das sus fases y accidentes,
y tres ó cuatro puentes
de madera la atraviesan en
otros tantos puntos. Uno de
ellos está situado debajo de
un salto enorme que da el
agua por cima de una pe-
tra de muy considerable
magnitud, y la fuerza de
proyección que lleva el lí-
quido deja sin espacio que
pueda atravesarse por de-
bajo de ella sin que caigan
sobre el que lo ejecuta mas
que algunas gotas sueltas,

que apenas se mojan las
ropa.

A esta bella natural ha
venido a dar aumento y
mayor atractivo el arte. So-
bre las 9 $\frac{1}{4}$ de la noche suena
una campana, los trince-
des del Hôtel concurren a la
plataforma fronteriza a las
cascadas, reduciense a las
menor expresion las luces
de los faroles de gas — porque
aquel Hôtel — modelo hasta
tiene gasómetro: correo y
telégrafo hasta los mas soli-
tarios lo tienen — y cuando
es mayor la oscuridad, se dis-
paran dos o tres cohetes de
aviso, y de repente quedem
las cascadas iluminadas por
fuegos artificiales de varios
colores, rojo de Bengala, azul,
lila, blanco como la nieve,
verde etc. Espectáculo que
dura poco — cuesta 1 franco
por persona — pero sorpren-
dente, maravilloso, mágico
imposible de describir con

la pluma ni de copiar
con el pincel. Ni en no
lo presencie, jamás podrá
formarse idea de la be-
llezza de aquel cuadro.

Dos tiene la funcion para
que los viajeros van a Gies-
sbach: primero, ver las cas-
cadas de dia; segundo, con-
templarlas iluminadas. Con
la iluminacion termina
aquella, en terminos que
algunos pocos, antes, al
parecer, mas que ahora,
los viajeros, a pesar de lo
adelantado de la hora, ba-
jan acto continuo al em-
barcadero, y al quitando
un berrquichuelo de reus,
pasan en una media hora
al pueblo de Brienz que
está al otro lado del lago, en-
frente de Giesbach.

Miércoles, 2 de setiembre.

A las 8 de la mañana
dejamos el Hôtel de Gies-

bach, y bajando al embarcadero animados por la frescura de la hora y el aroma del bosque, nos embarcamos a las 8 $\frac{1}{4}$, poco mas, en el mismo vapor de medas Oberland, que en unos diez minutos nos dejó en el pueblo de Brienz.

Montamos en seguida en mi coche, que para los dos tenía alquilado desde la parte anterior, y antes de las 8 $\frac{3}{4}$ emprendimos la marcha. Corrió el principio del camino por un valle llano y ameno, mas luego empiezo la subida del collado de Brünig, que dura sobre hora y media. Nada tiene de particular sino una enorme peña por debajo de la cual hubo de abrirse la carretera, bien que dejando intacta la parte superior de aquella; lo cual hace el efecto de un túnel abierto por uno de sus lados.

El aspecto del camino en este punto, así por la Peña que está pendiente sobre él, como por el inmenso precipicio que la senda tiene a la derecha, no deja de ser algo extraordinario y pintoresco, de suerte que anda reproducido en fotografía. Junto a dicha Peña, un muchacho campesino siguió largo trecho al lado izquierdo del coche cantando una canción, sin duda popular en el país, en demanda limosnosa de algunos céntimos. De lo más alto del colado de Prining bajamos, tanto como antes habíamos subido hasta el pueblo de Sungern, donde nos apeamos a las 11 $\frac{1}{4}$ poco más.

Merece especial mención que el cochero, bastante antes de entrar en

el pueblo, emperó á tocar
y tocó por largo rato con una
especie de cornetín que
llevaba en la banqueta
una tocata que así nos
cautivó por la novedad
como por su carácter po-
pular y por la bastante
regular ejecución del mú-
sico. Esto lo repetió en dos
pueblos mas que atra-
vesamos. No sé — aunque
así lo creo — si esta es costum-
bre de aquellas comarcas;
pero sí puedo decir que
lo parece, pues los que
pasaban por el camino
y los que estaban en las
calles de los pueblos, mien-
tras el cochero tocaba, no
hacian el menor ademán
de asombro ni extrañeza.
No pudimos indagarlo
de él mismo, porque no
hablaba ni entendia sino
el alemán del país.

Después de haber ahuer-
zado, partimos de nuevo

a las 12, y pasando por
el pueblo de Sarnen, nos
apareamos a las 3 de la
tarde en Alpnacht, pueblo
de poca extension, pero no
menor, al parecer, que los
otros dos mencionados. Me
olvidé de decir que a la
salida de Sungern, la car-
retera va tomando el la-
go del mismo nombre, muy
reducido, pero abundante,
según dicen, en pesca.

A las 3½ de la tarde nos
embarcamos en el vapor de
ruedas Stadt Mailan, y
empresamos a navegar por
el gran estenso como irre-
gular lago de los Cuatro
Cantones. Despues del pue-
blo de Protloch, en que se
hace escala el buque, se atr-
viesa una especie de es-
trecho sobre el cual hay
un puente de madera y,
bienno, de tres ojos, de uno
de los cuales se levanta
el suelo o pin del puente

por medio de un vigoroso
mecanismo, para que el
barco pueda pasar, pues
no lo permitirán la poca
altura del puente. Nave-
gando, pues, por aquel lago,
cuyas riberas son tan
pintorescas como las de los
anteriores, desembarcamos
a las 4 1/2, poco menos en
Lucerna (Luzern), y fui-
mos a hospedarnos en
el Hôtel des Balances.

Salimos a dar un paseo
por la ciudad. Embellece su
aspecto el lago y aun el río
Reuss, que de él toma origen,
y al cual caían las dos ven-
tanas de nuestro aposento.
Viene a la embocadura de
dicho río un espacioso puente
de piedra, y a corta distancia,
ya sobre el mismo Reuss, otro
antiquísimo de madera y cu-
bierto, que en su trazo forma
un ángulo muy obtuso, ~~que~~
donde hay una torre de
piedra muy vieja, donde

dicen que entiempos muy antiguos habia una lin-
terra, en latin Lucerna,
de la que se originó el nom-
bre de la ciudad. Llamaron
a este puente Kapellbrücke,
porque en uno de sus extre-
mos parece apoyarse en la
pared de una iglesia ó ca-
pilla; y en unos triangulos
que forman los apoyos del
techo se ven hasta 154 cua-
dros pintados, que dicen re-
presentan la historia del can-
ton y episodios de las vidas
de San Mauricio y San Leo-
degario? (Léger), patronos
de la ciudad.

Esta parece, como casi to-
das las de Suiza que están
acreciéndose y embelle-
ciéndose considerablemente,
como lo demuestran mul-
titud de edificios particu-
lares muy modernos se-
vantados en muchas calles.

Pero lo que mas llamó
nuestra atencion fué el

denominado León de Su-
cerna, que se halla casi fuera
de la ciudad, pero á brevisí-
ma distancia. Es un monu-
mento elevado ^{en 1821} á la memoria
de los oficiales y soldados de
la guardia suiza, que fueron
sacrificados inhumanamente
en las jornadas del 10 de ago-
sto, 2 y 3 de Setiembre de 1792
en París. En una enorme ro-
ca verticalmente tajada se
abre una como nicho de 14^m
de largo y 8^m 50 de alto está
tendido expirando un león
que mide 9^m de largo por 6^m
de alto. Figura atravesado por
una lanza que le entró por
los hijares (parte izquierda);
descansa la cabeza sobre los
pata delantera derecha, y am-
bas se apoyan ~~en~~ ó mejor cu-
trem y como que defiendan
el ^{antiguo} escudo real de Francia con
las flores de lis; la lanza
que le atravesó tiene el hier-
ro sobre el escudo de Suiza.
la pata delantera izquierda

esta caída é in móvil. ~~En~~
En el lijar izquierdo sobre-
sale un fragmento de la
pica de la Laura, que le
atraviesa. En el fronton
del nicho se lee: Helvetio-
rum fidei ac virtuti. Deba-
jo de la misma Die 10 Aug.
2 et 3 Sept. 1792. Haec sunt
nomina eorum qui ne sacra-
menti fidem fallerent fortis-
sime pugnantes ceciderunt
Duces XXVI, solerti amicorum
cura cladi superueniunt Duces
XVI; y añáse luego los nom-
bres de dichos oficiales sacri-
ficados. Estas inscripciones
están entalladas en la pic-
dra y pintadas de rojo. Es
un monumento que ha-
rá sentir á todos los cora-
zones que no tengan la des-
gracia de no haber conoci-
do ó haber desechado el
sentimiento de fidelidad.
La actitud del leon en las
vírtimas bascas de la muerte,
y su expresión general bien

Entendidas y ejecutadas, á mi
pobre juicio, enternecen pro-
fundamente al espectador. La
compasion que inspira el
poeta animal indignamente
herido de muerte hace aso-
mar las lágrimas.

Poco antes de llegar á este
monumento se encuentra
una ~~capilla~~ capilla muy peque-
ña se guardan trofeos de los
oficiales, segun parece, y en
el fronton de la puerta se lee
Inuictis pax.

Merece mencion lo que se
ha dado en llamar el baróme-
tro de Lucerna. Es un montes
muy alto que termina en dos
ó tres puntas agudas y cónicas,
situado á bastante distancia
al S. E. de la ciudad. Dicen que
si su cúspide está cubierta de
nubes hasta medio día, este
será sereno. Así

Mais Pilate Aurarius son
Chapeau,
Le temps sera serin et beau.
Con todo eso, vimos muchos

que amaneció muy nebuloso,
y luego se despejó y fue sereno
y hermosísimo (el día ma-
ñana) y sin embargo, el Pilato
no tuvo a bien encaquetarse
el sombrero.

Viernes, 3 de setiembre.

Amaneció el día con una
atmósfera cargada de una
gruesa y espesa niebla, que
al pronto nos hizo titubear
algun tanto ~~la excursión~~.
En emprender la excursión que
teníamos proyectada; para
la cual es indispensable un
cielo sereno y despejado. Sin
embargo, diáenos el coraron
que no desistiésemos, y por
cierto fue determinación
acertada, pues a poco se di-
sigó la niebla y brilló el
sol mas puro y rutilante.

A las 8 de la mañana
nos embarcamos en el vapor
de ruedas Germania, y por
el lago de los Cuatro Cantones,

que allí llaman tambien de Lucerna, fuimos navegando y haciendo escala en los pueblos de Hertenstein y Veggi, ambos pintorescamente situados a la orilla y tan bella como suelen serlo la de todos los lagos; a las 9 descendimos en la aldea de Vitrnau.

A las 9 y 15 minutos echamos a andar cómodamente sentados en el ferrocarril de Rigi-Küllm, sobre el cual son necesarias algunas explicaciones.

Orillas del Lago de Lucerna, al N. de esta ciudad, pero a alguna distancia, elevase un monte grande y alto des sobre el nivel del mar, al que dan por nombre Rigi, que se pronuncia como Rigui. La parte que cae al lago esta escarpada, que parece una península enorme ~~por~~ verticalmente tajada. Vista desde Vitrnau, que reposa junto a su base, parece totalmente impracti-

cable, y no dar espacio ni
siquiera para un angosto,
quebrado y peligroso vericue-
to o camino de rebaño. Lo
 restante del monte por los de-
mas lados y hacia arriba
no es tan escarpado, y está
poblado de frondosos bosques
y forma algunas hondonadas
y llanuras de corta exten-
sion. A la cúspide del mon-
te llaman Prigi-Kulm. La
subida a él ha sido siempre
una de las expresiones fa-
voritas de los viajeros, pues
el panorama que desde la
cima se despliega ante el
espectador tendrá de seguro
pocos rivales. Dicen que des-
de allí se ven tres cordilleras
de montañas, catorce lagos,
diez y siete ciudades, cuar-
ta aldeas y setenta neveras,
todo esparramado en un cir-
culo ~~por una~~ de cien leguas.
Yo no lo puedo asegurar, por-
que no tengo conocimiento
bastante de la topografía

de estas regiones, pero si puedo decir que vi muchos, muchos, acaso todo lo que desde allí, segun afirman, se alcanzas a ver. La subida al Prigi era antes humanamente penosa; se hacia a pie, en mulo o boricario, y exigia un dia; con que contando otro para el descenso, la excursion duraba dos dias, y costaba gran fatiga y no menores gastos.

La idea fue, pues, ahorrar completamente ~~la~~ ^{tiempo} fatiga y no poco dinero, llevando en ferrocarril a los viajeros nada menos que hasta Prigi-Kulm, es decir hasta donde llega el monte, hasta donde alcanzaban antes los mas lijeros e infatigables peatones. De allí no se puede subir mas que al cielo.

Tal es el servicio que ha venido a llenar el ferrocarril de Prigi-Kulm con tanta aceptación y buen éxito, que en la estación de verano hace diariamente siete viajes de ascenso

y otros tantos de descenso.

El material del ferrocarril se diferencia bastante del de los otros. No haré una explicación técnica de su especial mecanismo, porque no tengo instrucción ninguna sobre el particular. Sólo manifestaré lo que puede examinarse, en los términos que se me alcancen.

Tiene tres rails: dos laterales y uno medio ó central. Aquellos son totalmente iguales a los de los carruajes de hierro ordinarios. El medio ó central viene a ser una armazón de dos rails, distantes entre sí como la anchura de la palma de la mano, unidos entre sí por barras de poco menor grosor que ellos, entre las cuales engargantan los dientes de una rueda central que tiene la locomotora. Las traviesas del carril están afianzadas más allá de los rails laterales

por otra gruesa barra de
madera, que tiene dimen-
siones poco menores que
aquellas, y corre paralela
a los rails. De suerte que
estos parecen ser cinco: el
central y los dos laterales de
hierro, y los mas exteriores
de madera.

La locomotora tiene una
forma poco elegante, pues
su chimenea es excesiva-
mente ancha, y ella y to-
da la máquina estan in-
clinadas hacia atras; por
manera que la impresion que
a primera vista hacen es la
de una locomotora que por
descarrilamiento u otro
accidente cualquiera hubiere
quedado medio hundida
en el suelo. Tiene tambien
cuatro ruedas como las or-
dinarias, y una central o
media muy gruesa y con
no menos gruesos dientes
que, como antes se dicho,
engargantan en los bucos

que dejan entre sí los trave-
saños que unen las dos
barras del rail medio ó cen-
tral. En este lugar abra-
zan todo el fun-
damento de la locomoción,
pues arrastran el tren á
la subida, y le contienen
á la bajada. Así es que la
locomotora no cambia nin-
ca su situación relativamen-
te al tren; al que sube mar-
chando detrás de él y em-
pujándolo, y contiene y obli-
ga á seguir el movimiento
pausado de su rueda den-
tada yendo delante al des-
censo.

No hay mas que un co-
che en cada tren, dispuesto
exteriormente casi como
los de los ferrocarriles or-
dinarios, con anchas venta-
nas á modo de las llama-
das jardineras de nuestra
travía. Interiormente
tiene por lo comun un

bancos y capaces para cinco o seis personas. Aquellos son de madera, y su asiento forma una concavidad en el sentido del eje del banco, o sea a lo largo, que permite como no permitiría un asiento plano estar cómodamente sentado cuando en la subida el cuerpo se ha de inclinar hacia delante, y a la bajada hacia atrás. Como el coche no cambia nunca de dirección al igual de la locomotora, resulta que forzosamente el viajero ha de subir de espaldas y bajar de frente. Me pareció que el coche no se unía siquiera con la locomotora, sino que se apoyaba en ella por yuxtaposición, por decirlo así; mecanismo bastante para ser empujado a la subida y contenido a la bajada. Todavía parece que el coche tiene un freno, que será alguna bar-

ra vertical que de súbito
podrá encajarse en los hue-
cos del raíl central; con cuyo
artificio dicen, y bien lo creo,
que puede repentinamente
detenerse el ascenso ó des-
censo del coche y quedarse
aislado ó separado de la lo-
comotora si sualequier acci-
dente que á esta sobrevenga.

Éste es un tren de este sin-
gular ferrocarril, que calcu-
lo puede llevar á lo mas
54 personas en un viaje. El
precio de subida es de 7 fran-
cos por persona, y de la mitad,
ó sean 3 francos 50 céntimos
á la bajada: precio único, por-
que no hay mas que una clase.

El camino no puede ser
mas variado, pues para siem-
pre entre rocas escarpadas,
hondoradas que son verda-
deros abismos, torrentes de
una profundidad que espanta,
y bosques como los que
los montes de esos países pue-
blan. Su inclinacion es ra-

pidisimo como de seguro
ni con mucho muchisimo
podria serlo de un camino
carretero. No es siempre igual
la inclinacion de su plano,
pero trechos hay muchos
y largos que con dificultad
subiria un peaton echando
los botes y hasta a veces con
la dificultad o imposibilidad
material de sentar o apoyar
el pie. Tiene en el primer
tercio de su trayecto un tú-
nel no muy largo, y a la
salida de él un regular y
corto viaducto de hierro
que pasa sobre un muy hon-
do torrente. Tienen siete
estaciones: Vitinan, Promiti-
Felsenthor, Kaltbad, Staffel-
hoe, Staffel y Kulm. De Kalt-
bad parte un ramal que tiene
las de First y Scheideck, por
donde se va a disfrutar de
un admirable punto de
vista sobre los Alpes. Me
dijeron que del mismo Kulm
sale otro que se dirige a Abtts

pronto que cae a la extre-
midad septentrional del
monte Trigi. Segun noticias,
el desnivel de la via desde
Vitrynau hasta Kulm es de
1,200 metros, que se corren
en hora y media a la subida
y en mas de cinco uastos
de hora ^{a la bajada}. De esto ~~se~~ infiero
que la marcha del tren es
lenta, y en su movimiento
se experimentan ciertos vaivens
del cuerpo hacia atras al su-
bir y hacia adelante al bajar,
~~totalmente~~ puntualmente acon-
pasados, y que corresponden
a cada pequeña sacudida
que da el tren al entrar o
salir de los huecos del rail me-
dio los dientes de la rueda
central de la locomotora.

Sentados, como he dicho,
en el coche, empezamos el
ascenso a las 9 y 15 minutos
y a las 10 y 35 minutos es-
tabamos en Kulm. ¡Viaje
encantador! En Vitrynau
terminamos el ciclo despe-

jado; al primer tercio del
camino penetramos en
una de las densas nieblas
que con tanta frecuencia
encapotan estas montañas;
poco despues salimos de
ella y disfrutamos de un
sol bellisimo. Allá en lo
mas hondo del paisaje el
tranquilo lago de Lucerna
se nos aparecia como un
mar de bruñida plata; los
montes circunvecinos iban
como aplanándose y des-
apareciendo; cada vez exten-
diámos la mirada en may
y mas dilatado horizonte.
Unas espesas nubes que
de prouto se cernieron sobre
el lago, vistas por su parte
superior que á nosotros
nos parecia muy baja, re-
mejaban un mar de re-
vuelvas oleadas. Pero nada
mas grandioso que unas
estensas nevezas que cubrian
los picos mas culminantes
de unos altisimos y lejanos

montes, bañadas de hielo
y enmatradas por los rayos
del sol, empezaron a' asomar
y extenderse y crecer por de-
tras de las cumbres de las
montañas, cuyas bases tocaban
en el lago, y que por tanto
estaban en el primer térmi-
no del paisaje que a' nues-
tra vista y hacia nuestras
derecha iba desplegándose.
Esto mientras seguíamos el
lado meridional del monte
Prigi; pues cuando, dando
una vuelta, empezó a' cor-
rer por el septentrional, ex-
tensísimas llanuras sal-
picadas aquí y allí de
ciudades y aldeas y villor-
rios. El espíritu se ensancha
ante la grandiosidad de aque-
llas alturas como de seguro
se ensancha cuando dejando
la tierra empieza a' colum-
brar la ~~rosa~~ majestad del cielo.

No es el camino total-
mente despoblado, antes aquí
y allí se ven a' uno y otro

Lado casas de labradores construi-
das de madera y por punto ge-
neral en la forma graciosa
que suelen tener las de Suizas.
Tambien se ve algun hotel
de mas o' menos apariencias;
pero donde ya se han reuni-
do varios, especialmente uno
muy grande, de aspecto mo-
numental, es en Kaltbad. En
Kulm hay dos, grandisimos,
monumentales tambien, el
de Pigi-Kulm, y principal-
mente el de Schreiber, que
le aventaja mucho y muestra
ser mas moderno. El primero
es explotado, al parecer, por el
club o' sociedad de la Regina
Montium, que este nombre
dan a la montaña del Pigi.
Nosotros alojamos en el de
Schreiber, vastisimo, sumptuoso,
con un inmenso comedor, salas
de reunion y lectura, correo,
telégrafo; en fin, todo cuanto
puede reunir un sobresaliente
hotel de primer orden en cual-
quiera de las principales ciu-

dades de Europa. La comida
fue digna de la celebridad
de la casa, y barata en todos
conceptos: 4 francos por per-
sona. En los bajos del hotel
hay un restaurant y un ca-
fé, aquel tan lujoso como el
establecimiento de que de-
pende.

En la mas alta cima del
Prigi hay un mirador de ma-
dera elevado sobre el suelo
poco mas de metro y medio,
desde donde se alcanza a ver
lo que ni se puede bien ver,
ni en manera alguna pue-
de explicarse.

Agradabilísimamente
complacidos y satisfechos,
tomamos de nuevo asiento
en el ferrocarril, echamos a
andar sobre las 4 $\frac{1}{2}$ de la tarde,
a las 5 $\frac{1}{4}$ poco mas nos apea-
mos en Vitznau; volvimos
a embarcarnos en el Germa-
nia, y a las 6 desembarcamos
en Lucerna.

Casi podemos asegurar

que en toda la vida se borra-
rá de nuestra memoria la
encantadora excursión al
Pigi-Kulm.

Sábado, 4 de Setiembre.

A las 10 $\frac{3}{4}$ de la mañana par-
timos de Lucerna por Jug y a las
ocho de la tarde llegamos a la
ciudad de Zürich, donde nos
hospedamos en el Hôtel Beau-
au-Lac, casa de mucha nombra-
día y concurrencia, pero que
para nosotros ha sido una de
las peores y más escandalosa-
mente caras. Baste decir que
en la cuenta nos pusieron por
dos pliegos de papel de cartas
y dos sobres 50 céntimos, cosa
que no nos han hecho en nin-
gun otro hotel. A las señoras
gurapas puse yo al pie de
la cuenta para eterna recuer-
do del robo que nos hicieron
y de lo mal que nos trataron.
Por la tarde salimos al

recojer la ciudad y su lago,
que no parecen mal sobre
todo en la parte sentada a
la izquierda del rio Limat
que de dicho lago toma ori-
gen; la cual es casi toda
de reciente construcción, y
tiene algunos puntos de
semejanza con nuestro In-
sanche. Llamo la atención
la torca estatua de Carlo
Magno sentado en un tro-
no, que ocupa un nicho a-
bierto en una pared lateral,
a grande altura, de la Torre
izquierda de la Catedral (pro-
testante). Es, sí, muy digna
de ser visitada por lo vasto
y monumental de su forma.
La Estacion del ferrocarril,
a la que sin duda pocas igualan
en grandiosidad y belleza.

Domingo, 5 de Setiembre.

Desearos de ver el
lago de Zurich, como los
de Ginebra, Klun, Briens

y Sueterna, a las 9 y 35 mi-
nutos de la mañana sali-
mos en el vapor de ruedas
Sinth Escher, y a las 11 $\frac{1}{2}$
desembarcamos en Prappers
Wyl, aldea o villa de escasa
importancia, al parecer, pero
pintorescamente situada
a la orilla izquierda del la-
go.

El viaje es ameno por
este a la par que por todos
los demas, porque sus már-
genes estan llenas de po-
blaciones mas o menos
importantes y de una in-
finidad de caserios, quintas
y casas de labranza. Desde
el lago de Zurich no se pre-
senta al espectador el gran-
dioso panorama de los
Alpes como desde el Lemano
especialmente, pero hacia
su extremo oriental se
levantan los montes del
Simplon y Schwit y de Sant
Gallen, y el resto o mayor
parte de sus orillas son

Campos fertilísimos es-
meradamente cultivados,
y en particular viñedos.

Apenas llegados al
Prappersvyl, nos dirigimos
al Chateau, que lo domina
y contribuye a hacer pin-
toresca la vista del pueblo
desde el lago. Es un edi-
ficio muy antiguo, que
seria castillo o palacio de
sus señores feudales. En
un patio se levanta un
monumento sencillo,
pero interesante.

Una columna de hierro
fundido de mediana al-
tura descansa sobre un
zócalo de mármol gris,
y este sobre un basamento
de piedra como granítica.
En la cima de la columna
una águila de hierro
o bronce está medio aya-
chada con las alas exten-
didas como si quisiera
echar a volar, el cuello
humbillado, y la cabeza

cual si tratara de ende-
rezarlo enterézándose ella
misma y en cierto ade-
man de lanzarse o sobre
un enemigo o sobre una
presa. En la cara principal
del rótulo, que es cuadrán-
gular se lee: Die XVI —

M. Augusti — Anni MDCCCIX ^{VIII}
En una cara de la dese-
chad hay esta inscripcion.

L'esprit immortel de la Pologne
par une lutte sanglante et
seculaire proteste contre l'op-
pression de la force, et sur le
libre sol de l'Helvétie fait ap-
pel à la justice de Dieu et
du monde; la cual se lee en
otros idiomas en la misma
cara y en la opuesta, así como
en la posterior están las fe-
chas y hechos mas culmi-
nantes, a lo que puede en-
tender, de la mencionada
lucha. A mi pobre juicio
este semillo monumento
es notable. Su severidad
es elocuente; el águila hu-

mirrada, pero no vencidos,
antes en actitud de arrojarse
y a cecho; la columna ne-
gra como la tristesca, sin
ornamentacion como el
pobre y desvalido; el con-
junto todo es la expresion del
grito de dolor incesante de
la destrorada y rotada Polo-
nia y el ademán de un pue-
blo noble y valiente que es
aherrojado y arrojado grita
en sus ademán viva la liber-
tad! gloria a los mis hijos
que por ella perecieron!

Luego comimos en el
Flötet du Lou.

y despues pasamos y
repasamos el puente de
madera echado sobre el la-
go, que lo atraviesa de
una a otra villa. Tiene
1460 metros de longitud por
4 de anchura, decausa sobre
180 puntales triples, y ca-
rece de pretel o parapeto,
pero se puede pasar cami-
nar por el sin peligro, en

términos de que corren
por el carruaje, este puente
nada tiene de bello, pero es
curioso y digno de verse por
ser fama que ningun otro
le iguala en longitud.

A las $2\frac{1}{4}$ volvimos a mar-
char en el mismo vapor
Lionh Escher, y a las $7\frac{1}{2}$ des-
embarcamos en Zurich.

Lunes, 6 de Setiembre.

A las $10\frac{1}{4}$ salimos de Zurich
por ferrocarril, y pasando el
poco mas de las 12 por Win-
terthur, nos apeamos a las
 $12\frac{1}{2}$ en la estacion de Dachsen,
desde donde, a pié, por buenas
carreteras, en una media hora
llegamos al Chateau de Lau-
fen, convertido hoy en Hôtel
del propio nombre, en el cual
~~comimos~~ comimos con buen
apetito y tomamos café, en
medio del estrepitoso rumor
que mueve la cercana chute
de Rhin, o Mdreinfall, que

yo creo debe traducirse en
buen romance por salto del
Rhin.

Este toca á los terrenos,
del Chateau, que se halla
en un ~~un~~ pequeño altito
sobre el álveo del río, no
sólo antes que éste de su
salto, sino naturalmente
mucho mas despues que
lo ha dado. La orilla de-
recha, que es la opuesta al
Chateau no tiene una si-
tuacion siquisera compara-
ble con la izquierda para
~~para~~ permitir el ver el salto
ni tan completamente, ni
tan de cerca, ni en tantos
y tan variados aspectos. Su
cuya circunstancias supie-
ron sacar buen partido
su dueño construyendo
primero un cónodo y gra-
dual descenso, y en su tre-
cho dos como miradores
ó balcones en puntos tan
adelantados sobre el álveo,
que el río se precipita to-

cándolos y salpicándolos
profusamente. Llamán á
este descenso y miradores
galerías, y se entra en ellas,
permaneciendo cuanto
tiempo se quiere, mediante
el pago de un franco por
persona.

El espectador empieze a
á reconocerlas sin sospechar
las sorpresas que le aguardan,
porque como la senda
para por entre un espeso
ramaje, aquel no puede
conocer que tiene muy
próximo el río sino por
el estruendo que allí causa.
Sale al primer mirador
y se queda atónito; su sor-
presa se aumenta en el
segundo; en el tercero
brega á su colmo.

Bueno será antes de
pasar adelante, dar una
idea del salto del Pálmir.
Viene este río destrozándose
mansamente, terso y azul
como el sólo por un cauce

anchuroso, que apenas
da media vuelta ~~avanzada~~
desde el punto en que de
lo alto de Laufem empieza
a divisarse, topa a la iz-
quierda con un enorme
peñasco que desvia su
curso, mas adentro con
una roca de considerable
magnitud que no llega
a desornar su cima por
el agua, y a la derecha
con dos rocas que como
~~dos~~ piramides se erigi-
nan a considerables altu-
ras y dejan entre si espa-
cio bastante para pasar
un gran caudal de agua.
Despues de estas peñas
y rocas el nivel del fon-
do del cauce desciende
repentinamente a bastan-
te profundidad, mas que
la de uno de los primeros
pisos de nuestras casas.
Los espacios angostos que
median entre unas y otras
peñas forman como ca-

nales que reciben y precipitan otras tantas corrientes, de suerte que el río al llegar a' aquel punto, choca contra la peña des' la izquierda que lo desvia; al torcer así el camino aquella corriente topa con la izquierda de las dos en que se divide el agua que topa con la roca de en medio y salta por cima de ella; la corriente derecha de las dos últimas mencionadas choca tambien con la que la ~~primera~~ roca piramidal izquierda obliga a desviarse hacia su izquierda; y el hueco entre esta roca piramidal y la otra da paso a' otra caudalosa corriente. El choque violentísimo del agua con las peñas y de las corrientes indicadas entre sí da origen a' muchas vueltas y revueltas del agua que difícilmente p

pueden explicarse. Baste
decir que el rio tiene ya
entonces la apariencia
de una enorme y ences-
pada ola de espuma
tan blanca como la nieve
del Monte Blanco, de las
Jumfrans y de todas las
Nevevas alpinas. Agrégue-
se a todo esto to súbito, y
alto y perpendicular de
la especie de grava que el
desnivel del alveo superior
tiene inferior ofrece con
respecto al superior, y se
comprenderá si ha de ser
rápida, violenta y estre-
ñitosa la caída ó salto
del caudaloso rio. De tan-
tos y tan fuertes choques
se origina una especie de
pulverización de agua que
desde lo alto del salto hasta
abajo, y aquí principalmente,
le da una fidelísima apa-
riencia de gran polvarada
que se levanta a considera-
ble altura, y veía al es-

pectador en términos que
algunos prefieren acercarse
cubiertos de una capa im-
permeable, que allí las
alquilan. Es un cuadro
grandioso; una deshecha
catarata; el término má-
ximo de la Marchada equi-
noccial de un río; el des-
bordamiento de una inun-
dacion repentina. El bramido
del agua semeja la ex-
presion desatada de su có-
lera.

Por el primer mirador
se ve el salto del Plim por
la parte superior en su con-
junto; la vista lo abarca
por entero. Por el segundo
la corriente izquierda con
ímpetu sin igual y vesti-
gioso movimiento parece
echarse encima del que la
mira y amenazar tragarlo.
Por el tercero toda la inmen-
sa masa de espuma pa-
rece adelantarse hacia el
espectador para sepultarlo

y arrastrarlo consigo. Ya se deja entender que los miradores están situados a diferentes alturas, y que es mayor la del primero que la de los demás, y la del segundo que la del tercero.

Sale uno de aquellos lugares estupefacto, en son de cido y cabado.

Menos de admiración, salimos de Laufen a las 5 de la Tarde, a las 6 tomamos nuestro asiento en el mismo ferrocarril, y a las 8 llegamos de vuelta a Zurich, donde nos hospedamos en el Hôtel du Faucon, que fué mucho mas decente y tratable que el del Bour au Lac, de cuyo nombre memoria X

Martes, 7 de Setiembre.

A las 9 y 50 minutos de la mañana salimos de Zurich

por ferrocarril, y pasando á
las 11 y 15 minutos por Aarau,
á las 11 y 40 minutos por Olten,
y á la 1 y 55 minutos de la
tarde por Berna, llegamos
á las 4 y 12 minutos á Fribur-
go, donde tomamos hospede-
daje, como ya á la ida, en
el Hôtel de Fribourg.

Á las 8 de la noche asisti-
mos á la Catedral de San Ni-
colás para oír un concierto
de órgano; porque el de Fri-
burgo tiene fama de ser uno
de los mejores, sino el mejor,
de Europa y del mundo. Es
casi constante que van á oír-
lo todos los extranjeros. Precio
un franco por persona.

No soy nada inteligente
en música, bien que si muy
aficionado; respecto de ella
no hay para mí, ni puede ha-
ber más norma que el senti-
miento de la bellera, que en
un punto dado puede serlo
para mí ~~pero~~ ~~no~~ lo que es
en realidad y según las reglas

del arte tal categoría. Sobre
este pie forzado he de hablar,
pues, del órgano de la Cate-
dral de Friburgo.

Parecióme desde luego que
es un instrumento de primer
orden por la robustez y deli-
cadesa, tersura y variedad de
sus voces. Así como es in-
dudable que el órgano es
el instrumento propio, y qui-
za' exclusivo, del templo del
Señor; así también creo que
para la majestad de la mis-
sica sacra, donde quiera que
se ha de hacer ~~en las~~ en las
solemnnes funciones de las
iglesia católica, debiera sien-
pre tocarse un órgano como
el de Friburgo. Solo ~~un~~ mo-
do como esta se pone a nivel
con la grandera de las cere-
monias de nuestro culto y del
canto de los sacerdotes. En la
música imitativa llega a-
quel excelente instrumento
a un punto de perfección a
que yo no ~~he~~ he oído a en-

der ninguno otro del mismo gé-
nero, ni el de la Catedral de Ber-
na, que oí en 1857, y tiene
fama de ser el mejor después
del de Friburgo. Los ecos ~~de~~
~~clarin~~ lejano de un clarín, que
me trajeron a la memoria los
de la trompa de los Alpes, se
perciben distintamente y con
todos los caracteres para con-
fundirlos con la realidad. Pre-
meda el canto de un coro como
de monacillos, en el que se van
percibiendo con claridad distin-
ta y limpias voces. Y sobre to-
do parece echar el resto pintan-
do musicalmente una tempera-
da, en la que se oye silbar el
viento, retumbar el trueno
y hasta rasgar las nubes un
rayo. Quiré fué una ilusión,
de mi oído; pero me pareció
percibir el susurro de las
lluvias.

El concierto del órgano de
Friburgo paga bien la deten-
ción de algunas horas en esta
ciudad.

Miércoles, 8 de Setiembre.

A las 11 $\frac{3}{4}$ de la mañana partimos de Friburgo por ferrocarril, y pasando a la 1 $\frac{1}{2}$ de la tarde por Lausana, llegamos a las 3 $\frac{1}{2}$ a Ginebra, donde volvimos a alojarnos en el Hôtel garni de la Poste. El resto del día lo pasamos sin hacer cosa que de contar sea.

Juèves, 9 de Setiembre.

A las 11 $\frac{1}{2}$ de la mañana partimos de Ginebra en omnibus y a la 1 de la tarde llegamos al pueblo de Mornex para visitar a Pou, que vivía en la Pension de la Croix Blanche. Llevamos allá secundariamente el objeto de ver aquel pueblo o comarca tan celebrada para el restablecimiento de convalecientes y amilcuracion de enfermos.

Mornex es un pueblo de Francia, departamento del Alta Saboya, que linda con Suiza, canton de Ginebra. Está situado en la vertiente ^{meridional} de una colina bastante elevada, unida al monte que ha por nombre Petite Salève para distinguir lo de otro mayor, vecino suyo, al que denominan Grand' Salève, muy afamados en ambos por sus puntos de vista que tienen sus cumbres. Mornex no es un pueblo que tenga sus casas reunidas o aglomeradas en un estrecho perímetro, sino sueltas y esparriadas en las laderas del camino que se va de Ginebra al pueblo, mas alto que aquel, de Moine-tier. Sus casas son de muy modesta, por no decir pobre apariencia, tienen casi todas huerto o jardín con alta pared de cerca lindante con la carretera, y mul-

tiño de árboles y plantas,
para de jardín. No pocas
casas lo son de Penision,
que es como si dijéramos
de huéspedes. Sólo hay el
Hôtel de Bellevue que to-
ca al término de su epis-
tencia, pues acabau de com-
prar el edificio y los terre-
nos anejos a su propiedad
las religiosas de Carouge,
canton de Ginebra, venien
despedidas o echadas de
él por la torpe política
de antiliberal intolerancia
que siguen los mandari-
nes de dicho distrito re-
publicano. Allí las religio-
sas establecerán su Colegio
de enseñanza.

La colocacion especial
de las casas y su aisla-
miento por medio de la
indicada pared de cerca
contribuyen mucho a que
siempre sea un pueblo
triste y sombrío como ya
lo es de suyo la mayor

parte de su comarca, desde
la cual sólo puede extenderse
la vista hasta un vallecito
situado á S. O. Pero en cam-
bio hácia el E. se disfruta,
especialmente desde el Ciudad
llamado Hôtel de Bellevue,
de un panorama delicioso
que tiene por confín el
Monte Blanco: como que
dicho está si es extenso.

Un aire muy puro, tóxi-
co por los aromas vegetales
de que está saturado, quieto
y sin corrientes; una tem-
peratura suave hasta entra-
do el otoño, exenta de los
descensos repentinos que cau-
saria el viento norte si des-
de él no resguardase á la comar-
ca en cuya vertiente está
sentado Mornex; parece
que son los elementos que ex-
isten de su influjo propio
~~para~~ ^{en} convalecientes y enfer-
mos, siendo entre estos úl-
timos los que padecen afectos
crónicos del pecho quienes

van allá mandados con mas
esperanza de buen éxito por
los facultativos de los países
circunvecinos, y aun de otros
mas lejanos. Sin embargo,
lo sombrío del sitio me da
que ha de ser perjudicial á
los hipochondriacos y me-
lancólicos. Otro inconvenien-
te, para mí muy grave, tie-
ne Mornex, y es que carece
de agua de mina, y ha de
servirse hasta para bebidas
de la que se saca por medio
de bombas, y será de seguro
procedente de filtraciones
de las capas superficiales del
terreno. De esto dependerá
que allí todos beben vino;
contratiempo de mucha
monta para los que, como
yo, no lo repugnan, pero,
lo posponen siempre y do-
quier al agua.

A las 5 de la tarde vol-
vimos á partir en el mis-
mo omnibus, y á las 6 nos
apareamos en Ginebra.

Viernes, 10 de Diciembre.

A las 3 $\frac{3}{4}$ de la tarde parti-
mos de Sinebra por ferrocarril,
y pasando á las 4 $\frac{1}{4}$ por Belle
garde, primer pueblo de Fran-
cia por aquel lado, de pasta-
mento del Ain, — donde se
fueron examinados por los
Aduana nuestros equipajes —
y á las 5 $\frac{1}{4}$ por Culoz, desde
donde, cambiando de tren,
emprendimos direccion dis-
tinta, llegamos á las 7 de
Chambery, que yo considero
como capital de Saboya. Desde
Chatillon, mas allá de Culoz
hasta Aix-les-Bains, inmedia-
to á Chambery, la via bordea
un lago muy largo, aunque
poco ancho, por el cual tengo
entendido que navegan bu-
ques de vapor que se des-
de Aix-les-Bains hasta Lyon. En
Chambery nos hospedamos
en el Grand Hôtel des Princes,
que no es grande ni de prin-
cipes, sino acomodado para

puerco. — con perdon sea
dicho — por lo desaliñado,
sucio y hediondo. A pesar
de todo, no es nada barato
ni mucho menos.

Chambery es una ciudad
rural, no fea, pero si poco
animada o concurrida. Tiene
largas y bastante anchas calles,
algunas rectas, y vi'dos paseos.
Tiene un Hôtel de ville y otro
que me pareció Palais de Jus-
tice, ambos de construcción
reciente, mucho mayor el
segundo; en frente del cual,
en medio de una gran plaza,
se levanta sobre pedestal sen-
cillo, la estatua de Antonio
Favre, natural de Chambery
eminente juriconsulto, y
Magnate del siglo XVII, si mal
no lo recuerdo. En medio de
un paseo casi exterior, y en-
frente de la calle de Boigne,
donde está el hotel des Princes,
hay una columna que descu-
sa sobre un gran pedestal que
figurou sostener cuatro ele-

fantes de tamaño natural,
~~de~~ ~~estas~~ que asoman poco ^{ménos} ~~de~~
de medio cuerpo afuera; y en
lo alto de la columna se ve una
estatua vestida con uniforme
militar moderno, que repre-
senta a Benito de Boigne, na-
tural de Chambéry, que por las
alegorías de los ~~af~~ elefantes cal-
culo debió de distinguirse en
guerras de Africa.

Sábado, 11 de Setiembre.

A las 10 ³/₄ de la mañana
partimos de Chambéry por
ferrocarril; sobre las 12 llegamos
a Modane — último pueblo
frances en aquella frontera, donde
visitó nuestros equipajes la
Aduana italiana; — a eso de
la 1 ¹/₄ de la tarde emprendimos
nuevamente el viaje, y atra-
vesando el túnel de Monte
Cenisio, Monte Cenis, que des-
mos nosotros, nos escapamos
a poco mas de las 6 en Turin,
y nos hospedamos en el Albergo

d'Europa, sito en la piazza del
Castello, frente a' este y al Pa-
lacio Real, punto que estimo
como uno de los mejores, sino
el mejor de la ciudad.

Este viaje es tan importante,
que bien merece una narra-
cion especial.

Su interés estriba, como
desde luego se deja entender, en
el paso del túnel del monte
Cenis, que es el mas largo
que hasta ahora existe en el
mundo, y por tanto la obra de
mas empuje y mas colosal
que en materia de caminos de
hierro se ha realizado.

La grandera del objeto pa-
ga con usura las incomodi-
dades del viaje.

Salte de Chambéry et tren,
y corre al principio por comar-
cas entre llanas y monta-
ñosas, de vegetacion bastante
regular y poblacion pura-
mente rural como, a' lo que
entiendo, es la mayor parte
de Saboya. Sin embargo, el

del aspecto general del terreno y de sus pueblos parece indicar ya lugares apartados en gran manera de los bulliciosos centros de la vida social, e' la proximidad de sitios solitarios por lo castigados de los rigores del clima hibernal. En efecto, por las inmediaciones de Saint Pierre d'Albigny y hacia Stiguel y La Chambre va tomando ya sucesivamente el pais un aspecto mas montano y selvático; caracteres que surgen de punto en Saint Jean de Maurienne y Saint Michel, donde la tristeza de la campiña opri-me el corazon, y se trasluce que la vida de los habitantes ha de ser como eremítica. Pero de Saint Michel a Modane la naturaleza se presenta melancólica, fria, como muerta. Montes altisimos y yermos, que, por entre espacios de plantas bajas y sin uso, muestran enormes peñas desnudas, como el pobre sus miembros

por entre los jirones de sus ha-
rapos. El silencio del sepulcro,
turbado sólo por el rumor de
un río que con ímpetu se
va precipitando, poco cauda-
los. Es aquello un desierto,
comparable con el del monte
de San Bernardo. La vía fér-
rea lo corre tadeando ahora
las montañas, ahora el río,
atravesándolo infinitas ve-
ces, y sobre todo pasando tan-
tos y tantos túneles, ~~pequeños~~
cortos, medianos, largos y muy
largos, que a haber nosotros
presenciado esta particularidad
hubiéramos sido curiosos en
contarlos, y hubiéramos ~~contado~~
sumado un número que sin
duda a nosotros mismos nos
dejara ahora suspensos y
admirados. Nada más pro-
pio que a la puerta, como
quien dice, del túnel más
largo tantos y tantos túneles
que semejan la numerosa
prole del gigante.

Modane está en lo más

ha- bajo de una garganta sep
lora, aquel desierto de montañas.
de Allí se detiene el tren el tiem-
po necesario para que sean ins-
ta- peccionados los equipajes, y to-
o, men los viajeros algún refri-
ite genio, que el Buffet sirve con
v- recomendable celeridad y lim-
a- pieza, buenos manjares y por-
is, cios relativamente no excesi-
ve- vos.

Ponte de Alodane el tren,
y empiezo a subir una cuesta
hacia el E; gira luego al O,
y despues nuevamente al E;
de suerte que la via describe
una verdadera S.; pero de ma-
nera que el punto de llegada
está muchos metros mas
alto que el de salida, y su ele-
vacion puede calcularse men-
talmente por la distancia en
que del viandante se halla
un pueblo — que ignoro si es
el verdadero Alodane — en lo
mas fondo de un angosto valle
que se ve a la derecha del
camino.

Por ahí se colige que el gran túnel no se abrió en la base del monte, sino á una quinta ó sexta parte de su altura. Cálculos de simple vista hechos con la precipitación de la marcha de un tren; impresiones de viajero; pueden aproximarse á la verdad, así como distar de ella toto coelo cual diría un latinista de nuestras antiguas Universidades. El haber horadado el monte á dichas altura no parece que obedeciese á ningún propósito de ahorro, sino á la necesidad de nivelar la entrada con la altura del terreno de la salida, porque en esta no se descende como se subió en aquellas.

Tambien parece que en rigor el túnel no atraviesa el monte Cenís, sino una higuera suya, ó montaña pegada á él, ó estribación, ó como le llaman personas competentes. A mí, que p

ya he pasado el Cenís por
su carretera magnífica, en
diligencia, dos veces distintas,
me da que el túnel se ha-
lla algo á la derecha de aquella
conforme vamos de Francia á
Italia.

Para el viajero el túnel
del monte Cenívio no tiene
nada de particular fuera de
su longitud; mas sin género
de duda la sensación que
le causa es viva. A la sobre-
quez de aquel sitio no hay lo-
brez que la iguale. La
noche debajo del cielo tiene
la vaga é tímida luz de las
estrellas; la noche en las en-
trañas de la tierra no tiene
mas que tinieblas, sólo com-
parables con las del espacio
antes que el Criador pronun-
ciase aquellas palabras incom-
prendibles para el entendi-
miento humano: fiat lux.
El tren retumba en aquella
inmensa bóveda más acaso
que en los túneles ordinarios.

El aire es frío y húmedo. Des-
miente que la oscuridad, el
estruendo y el ambiente sobre-
cogen de respeto, sino de pa-
vor al corazón mejor Templado.
A la derecha del camino
hay pegados a la pared de las
bóvedas grandes faroles de luz
muy viva con quemismos muy
grandes e inteligibles que
numeran los kilómetros.

^{dicen que tiene trece.}
Otros farolitos se ven tam-
bien de vez en cuando, que
serán señales que yo no en-
tiendo; bien así como se
encuentra alguno que otro
vigilante con su farolito. Me-
diado el último kilómetro,
observé de súbito hacia adelan-
te, a lo lejos, una luz vivisi-
ma como la eléctrica — así
me lo pareció por lo menos —
¡ilusión!... era la boca de
salida del túnel. Cerca de ella,
tienen este diez ó doce como
grandes ventanas abovedadas,
que lo alumbran casi com-
pletamente abiertas en la

pared irquiendas. La salida
repentina del túnel y la luz
de sol causan un efecto ~~con~~
vivo, un transporte vehemente
de gozo inversamente rela-
tivo al que produjo la tibre-
quer del túnel. Este en poco
menos de la mitad que mira
á Francia sube por un suave
plano inclinado, ~~que~~ luego
baja en igual forma por la
parte restante que cae á Italia.

Entramos en el túnel del
Monte Cenís á las 2 y 49 mi-
nutos y 30 segundos; y sali-
mos de él á las 3 y 49 minu-
tos y 10 segundos. Corrimos,
pues, por las entrañas de esa
tierra por espacio de 30 mi-
nutos y 10 segundos.

Parado el túnel, como la via
férica por terrenos iguales á los
descritos, antes de su excavada, y
los túneles de las mas variadas
longitudes se suceden con tanta
ó mas frecuencia que en la
parte opuesta y son casi sin
duda mayores en número.
Dicen que entre unos y otros han 32.

Esto es así desde Bardonnecchia
— que es la estación mas inme-
diata al túnel del Cerisio por
aquel lado — hasta Chiomonte,
a lo que ~~calcula~~ calculo; pero
parada ya la de Meana-Susa,
el país se va allanando, es
mas poblado y frondoso, for-
mando ya sin dudas parte de
la inmensa y fértil llanura
de Turin desde Borgone y
San Antonino hasta Collegno,
que es la mas cercana a las
capital del Piamonte.

Domingo, 12 de Setiembre.

Torino, capital del Pia-
monte, y casi habitual residen-
cia del actual Rey de Italia,
es sin ningun género de du-
da una de las mas bellas
ciudades de Europa. Grandes
y muy regulares plazas con
espaciosos pórticos, anchas y
larguissimas calles tiradas
a cordel; templos magníficos,
suntuosos y muchos; pala-

cios grandiosos; monumentos,
en gran número; paseos, jar-
dines y parques espaciosos y
esmeradamente cuidados: todo
esto basta y sobra para dar
grande importancia y realce
a una población.

En coche la recorrimos,
y sería difícil mencionar cuan-
to y cuanto bueno llamó agra-
dablemente nuestra atención.
Citaré de memoria la iglesia
de la Virgen de la Consolación,
ornamentada con una rique-
za de que hay pocos ejemplos;
la estatua ecuestre de Filiberto
de Saboya, la de Carlos Alberto,
la del Conde de Savoy, la de
César Balbo, la ~~de~~ alegórica de
un militar levantada al Ejér-
cito Sardo por los milaneses;
el puente sobre el Po, que
corre por el lado septentrional
de la ciudad; el palacio del
parlamento; la magnífica
estación del camino de Turín
etc. etc.

Todo nos llenó de admi-

racion, no se da allí un
paso sin que se presentes
á la vista un edificio pú-
blico de agradabilísima -
no diré si bellísima - ar-
quitectura, una estatua,
un monumento público
de otra clase, una inmensa
plaza ó una recta é inter-
minable calles. Sorpresa tras
sorpresa, asombro tras asombro.

Por la tarde paseamos
por una parte de los Jardí-
nes del Palacio Real, de que
no pudimos ver mas que
su suntuosa escalera y el
salon de entrada en el pri-
mer alcazar.

Lines, 13 de setiembre.

A las 7 $\frac{3}{4}$ partimos de Fu-
rin por ferrocarril, y pasando
por Asi, Alessandria y Novi,
llegamos á las 11 $\frac{3}{4}$ á Génova.
Este camino no tiene de particu-
lar sino que á la salida de
Furin hasta las inmediaciones

de Moncalieri, primera esta-
cion, por los picos y collados de
la alta y larga cordillera que
al norte limita la vasta lla-
nura de Turin, se ven asomar
las nevadas cúspides de los
Alpes en una extension consi-
derable. Podemos decir que
en aquel punto de nuestro
viaje nos despedimos del
paisaje embellecido por
montes cubiertos de nieve;
espectáculo que durante el
mismo hemos estado viendo
repetidas veces, y siempre
con igual embellezo. El últi-
mo Tercio de la via férrea
es notable, porque atraviesa
la cordillera no muy alta
pero sí muy gruesa que al
Norte circunda á Génova, y
por lo mismo abunda en vuel-
tas, revueltas, puentes, des-
montes considerables y tiene-
les muy próximos unos á
otros y de diferentes longi-
tudes.

En Génova alojamos en el

Hôtel de la Ville, sito en el puerto, como que desde el balcón de nuestro cuarto lo dominábamos de uno á otro extremo.

Para un hijo de costas marítima, que ha estado una temporada en el interior y entre montañas, la primera impresion que la vista del mar le causa, conmuevele, siquiera no sea el mar patrio como al desterrado la vista del hogar doméstico.

Génova es una ciudad que vive principalmente, al parecer, de su comercio marítimo, tan pujante y famoso desde los tiempos medios. Puede decirse que consta de dos partes: la antigua y la moderna, componen aquella el puerto, la calle fronteriza á él con sus soportales ó arcos como los de nuestros Encantes, pero mucho mas angostos y bajos, y otra multitud de calles estrechas,

tortuosas, con rápidas cuestras,
y una infinidad de callejones
por donde apenas si pueden
transitar dos personas de
frente, y por onde lóbregas
en mitad del día y húmedas.
Toda esta parte antigua tiene
tiendas muy pequeñas
y de portal muy bajo y es-
trecho. Distinguese ademas
de mala manera por lo su-
cia, hedionda — a efecto de
la mala o ninguna policía
urbana, y la multitud de
meaderos públicos abiertos y
nada decentes — y por lo des-
aseado de la gente que pulula
aca' y allá, mujeres desgre-
ñadas, negras y puercas, cli-
quillos sin zapatos, hombres
con una mala camisa sin
mangas o totalmente des-
nudos de medio cuerpo ari-
ba. En esta forma se presentan
en pleno día los mas des-
tos faquines y otros trabaja-
dores del puerto. Cuadro in-
decoroso, único, y que ha

de ahuyentar a toda señora
que tenga siquiera una som-
bra de pudor. Todo respira
allí la actividad material del
trabajo — cualidad recomenda-
ble — junto con el abandono
absoluto de ~~to~~ cuanto sabe a
aseo y buen parecer. Las calles
mas apartadas y peores de
nuestra Barceloneta son un
trasunto de aquella mitad
de una tan principal y
célebre ciudad como lo es de
seguro Génova.

La parte nueva que ocu-
pa principalmente lo alto
de la colina en que está situ-
ada la ciudad, sin ser un
modelo de pulcritud, ni mu-
cho menos, tiene, sin em-
bargo por lo general el aspecto
de cualquiera de las pobla-
ciones importantes. La via de
Carlo Felice y la Reale, totu-
s'alen en este punto. Las casas
parecen por defuera pala-
cios; hay ademas muchos
de estos pertenecientes a las

noblera y primeras fami-
lias; y atraen las miradas
del forastero la Casa de la
Ciudad — tan suntuosa como
ella; — el templo de la Anun-
ciata; el Teatro de Carlo Feli-
ce, la estatua de Cristóbal
Colón en su monumento
erigido frente a la estación
del ferrocarril — dos construc-
ciones que parecen ~~tan~~ mi-
das como simbolizando dos
de las mayores y mas es-
plendentes épocas de la huma-
nidad; — y el paseo-jardín
de Acquasola en un terra-
plen o' plataforma situada
en la cima del altillo en
que está edificada Sérovap;
y la iglesia de San Lorenzo
en el centro de la ciudad, cuya
arquitectura, en la parte anti-
gua de templo es quizá carac-
terística del gusto genovés
en la edad media; y unos ar-
cos pequeños que descansan
sobre los principales de la
nave central, tienen un

aspecto como de construcción árabe o moruna, aprendida quizá por aquellos antiguos genoveses que á tan remotas regiones dirigian sus famosas naves en los edificios de las costas africana o turca. Tambien esta es impresion y concepto nada presuntuoso de viajero insipiente de todo punto en achaque de arquitectura y arqueología.

Todo esto paseamos y pudimos observar durante la tarde, á despecho del calor que abrasaba como en España el de julio, o cuando menos de mediados el agosto.

Martes, 11 de setiembre.

Á las 7 de la mañana partimos de Génova por ferrocarril y pasamos por Voltri, Savona, Albenga, Oneglia, llegamos sobre las 11 á Ventimiglia, punto limítrofe de Italia por aquella frontera, en que nos inspecio-

no' los equipajes ~~que~~ en la
Aduana francesa, y nos requirio
los pasaportes la policia, espau-
tajo en este particular menos
eficaz y mas risible que los
que en los campos se compran
para ahuyentar a' la rapaza
valea pajaril.

Tomando alli asiento en
un tren francés, emprendimos
de nuevo el viaje a' eso de las
12, poco menos, y pasando por
Menton, Mónaco, Niza, Anti-
bes, Cannes, Fréjus, Hyères, To-
lon y Aubagne, estaciones prin-
cipales, nos apeamos a' las 9 de
la noche, poco menos, en Mar-
sella, donde nos hospedamos
en el Grand Hôtel Noailles,
rue Noailles, prolongacion
de la Cannebière, que se abre
por un extremo en el puerto,
y es la principal de tan popu-
losa y animada ciudad.

Lo mas notable de este
largo y pesado viaje es que
la via férrea corre casi siem-
pre orillon del mar, y que

en una larga extension desde
la salida de Génova, extension
que corrimos en unas nueve
horas hay una multitud de
túneles á través, la mayor
parte, del arranque por aquellas
regiones de la larguísima
cordillera de los Alpes, que
tocando en Italia, Francia,
Suiza, Alemania y Austria,
van á terminar, segun eu-
tiendo, en Hungría.

En Vintimiglia me dije olvi-
dado el pasaporte, y á pesar de
haber puesto un telegrama
en Tolon reclamándolo, á pesar
de diligencias mil en Marsella,
y á despecho de lo decantado
de la administracion de este
país en punto á puntualidad,
orden y espíritu servicial,
no llegó á mis manos el
bueno del documento, sin
duda porque debiam de cono-
cer que mejor se estaria en
Italia. En todas partes creen
habas, y aquí las creen y las
engullen mucho mas de lo

algunos por encima.

Miércoles, 15 de Setiembre.

Una inundacion espantosa
recien ocurrida desde Cessey
hacia Perpiñan interrumpió
toda circulacion por los ferro-
carriles de aquellas comarcas,
y por lo mismo nos obligó
a modificar fundamentalmente
la última parte de nuestro
itinerario, cuyo propósito
era pasar a Perpiñan e ir
a embarcarnos en Port-Ven-
dres en el Passages, que saldrá
de allí el 18. Con este objeto
tuvimos que resolvernos a
tomar pasaje en el vapor es-
pañol de hélice Castillo,
y en ello y sacar previamente
mi pasaporte, en lo que el
Cónsul general me trató con
amabilidad y galantería por
comunes, no pasó toda
la mañana.

Por la tarde, despues de
haber almorzado en el Restau-

rant del Hotel du Petit-Louvre,
tomamos un coche descubier-
to, en el que fuimos a la esta-
cion del Camino de hierro y a
la Casa del Consul español, todo
ppor el pasaporte, que no llego
a mis manos a pesar de la
decantada diligencia y celo
y exactitud de los servicios
públicos de este país, donde,
como en otra parte escribí,
entre mucho oro, no faltan
alquimia. Despachado, al fin
el asunto por la via mas ex-
pedita, que fue, segun dije
ayer, sacar un pasaporte del
Consulado; fuimos en el coche
a pasear por los Puertos, que
corrimos en toda su larguissi-
ma extension; por el no me-
nos extenso Prado, bello pais
bien que muy apartado des-
de la ciudad; y luego volvimos
por el camino carretero, que
linda la costa, y desde el
cual se disfruta el panorama
de toda la de Marsella
y su inmensa bahia; pa-

œuvre, norama, que en su género,
bien- no cede en bellera a' los que
ta- ~~son~~ mas sobresalen por ellas
a' en ciertos puntos de los Al-
to, pes Berneses, o' sea el jus-
ego, tamente celebrado Obertand.

A las 7 concurremos a' la
table d'hôte de un ca-
fé, a' 3 francos por cubierto,
que fue una soberana en-
ganifa, pues nos dieron de
comer cosas vulgares, nada
bien guisadas y en cantidad
insuficiente.

Se conoce que Marsella
no se distingue en el ramo
de la comida, que en todas
partes heuro hallado esca-
sa, ordinaria quizá, y cara.
Será acaso porque ^{lo es} la plaza

Miércoles, 16 de setiembre.

Asistimos a' misa en
una iglesia, cuyo nombre
ignoro, pero que esta a' lo
ultimo del paseo ^{continua}
cion de la calle de Noailles.

En ella presenciámos la
celebracion de una boda doble
de gente, segun su aspecto,
de media estofa; y echamos
de ver cuáto inferiores son
los franceses, en quanto á
ceremonias religiosas, á los
españoles, que saben darlas
la pompa y reales que tan-
to cuadran con la grandura
y magestad de la religion cató-
lica.

El resto del día lo pasamos
casi en preparativos de nues-
tro viaje.

Viernes, 17 de setiembre.

A las 7 asisti' á misa en
la misma iglesia que ayer,
donde habíamos exporcion del
Santísimo Sacramento y
Comunion.

A las 9 salimos del Hôtel
Noailles en coches, á las 9^{1/2}
nos apeamos en el llamado
Quai de Mai des Anglais
en el puente de la Tourne,

y a las 9 $\frac{3}{4}$ estábamos em-
barcados en el vapor Castillos,
grande, hermoso, cómodo,
bien servido, y a mi parecer
mejor mandado por su capi-
tán D. Tomás Larragoiti.

A las 10 $\frac{3}{4}$ empezé a andar
el buque, a la media hora
estábamos ya totalmente
mandados. A media noche
debimos desalir del golfo de
Lyon, que estaba muy alborota-
do.

Sábado, 18 de setiembre.

Con mar muy revuelto, y
mas revueltos aún nuestros
estómagos, desembarcamos
a las 8 de la mañana, y a
las 8 $\frac{3}{4}$ llegamos a nuestra
casa.

Gracias sean dadas a Dios y
a su divina Madre de las
Mercedes por las infinitas
que nos han dispensado sa-
cándonos sanos y salvos de
tan largo y variado viaje.



7. 2. 1772

7. 1772



